Cuadernos del Rebalaje

Nº 59/Julio - septiembre de 2023/ DL: 702-2016/Edita ABJ

Relatos de mi infancia marenga

Miguel López Castro

Prólogo de Miguel A. Moreta-Lara

Obra artística de josenrique M. de la Ossa

Cuadernos del Rebalaje ®

DL : MA 702-2016 | ISSN (ed. impresa): 2530-6286 / (ed. digital): 2174-9868

Publicación monográfica sin ánimo de lucro, de periodicidad trimestral.
Editada desde 2010 por la asociación cultural **A**migos de la **B**arca de **J**ábega.

Dirección
Mª Luisa Balbín Luque

Consejo de redacción
Mª Luisa Balbín Luque
Juan A. Camiñas Hernández
Mariano Díaz Guzmán
Juan A. Gimbel Espejo
Eloísa Navas Martín
Pablo Portillo Strempel

Asesoría fotográfica
Mercedes Jiménez Bolívar

Diseño y maquetación
Estefanía González Hijano

Diseño de portada
Alba Serrán

Cuadernos del Rebalaje se difunde preferentemente en formato electrónico por Internet. Tiene como objetivo divulgar conocimientos relacionados con el mar Mediterráneo y su vinculación con la costa malagueña y andaluza, sus gentes, embarcaciones, tradiciones y costumbres desde el punto de vista antropológico, histórico, geográfico, científico-técnico, artístico o de creación literaria.

La revista no comparte necesariamente las opiniones expuestas en los trabajos publicados. Los autores de estos y de las imágenes originales se reservan los derechos protegidos por la ley, autorizándose su uso y difusión siempre que se cite procedencia y autoría.

Se imprime en ARS Impresores (Málaga).

Más información, acceso libre a todos los números y normas de estilo de publicación en
https://www.amigosjabega.org/cuadernos-del-rebalaje/

✉ cuadernosdelrebalaje@gmail.com

Amigos de la **B**arca de **J**ábega está inscrita en el Reg. de Asociaciones de Andalucía con el nº 9210 de la Sección 1.
(Resolución de 29/07/2010) y en el Reg. Municipal de Málaga de Asociaciones y Entidades con el nº 2372. (Resolución de 27/09/2010). Domicilio social en el IES "El Palo". Camino Viejo de Vélez, s/nº. 29018 - MÁLAGA.

Presidente de Honor: Fernando Dols García

Presidente: Juan Antonio Camiñas Hernández
Vicepresidenta: Mª Luisa Balbín Luque
Secretario: Andrés Portillo Strempel
Tesorero: Mariano Díaz Guzmán
Vocales: Juan Antonio Gimbel Espejo, Mercedes Jiménez Bolívar, Eloisa Navas Martín y Pablo Portillo Strempel

✉ abjcontacto@gmail.com

Relatos de mi infancia marenga

Miguelín delante de la pared de su casa que da a la playa,
a la derecha la escalera de la casa de doña Pura

Miguel López Castro

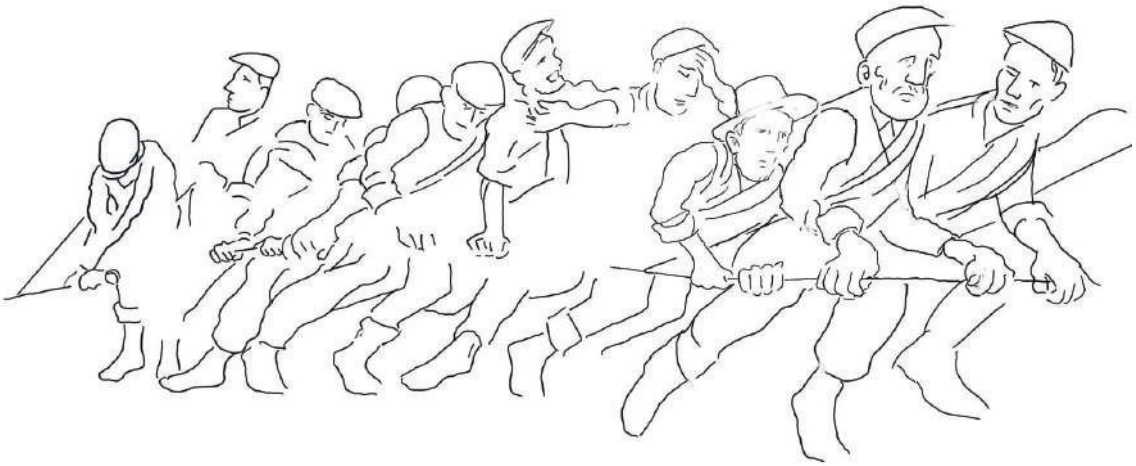
Prólogo: Miguel A. Moreta-Lara

Obra artística: josenrique M. de la Ossa

Amigos de la Barca de Jábega
ASOCIACIÓN CULTURAL

Cuadernos del Rebalaje nº 59

Casa Pedro. Acrílico, técnica mixta. 105 x 65 cm. 2018



Copo lleno

Sumario

- Prólogo
- Introducción
- El bosque de piernas
- El cine de infancia
- Mojama y *pescao* frito
- La aventura del desayuno
- La gran estafa de los Reyes Magos
- El ahorcado del paraíso
- La mar como escuela
- ¡¡Oh aquella libertad en naturaleza!!
- Haciéndome un "hombre de verdad" (I)
  Me juego la vida con el pulpo
- Haciéndome un "hombre de verdad" (II)
  Mi primera pelea
- Pedrada cazando gaviotas
- *Toa* la mierda *pa* la *ma*
- Siesta con tebeos
- Rodajas de cachalote
- Carlitos el veraneante
- Cazando ratas
- Cuidadín con la morena
- La relación con las niñas

Prólogo

La novela del rebalaje o el territorio de la felicidad

Miguel A. Moreta Lara

Estos *Relatos de mi infancia marenga* de Miguel López Castro se componen de dieciocho piezas, dieciocho teselas de un mosaico más amplio. Si, de primera mano, su autor se ha dispuesto a contarnos su vida emocional —comenzando por la infancia, que es el territorio de la sentimentalidad—, por otra parte contribuye —quizá sin que él lo haya pretendido— a levantar acta de la vida colectiva de la sociedad del rebalaje, un proyecto en el que *Cuadernos del Rebalaje* ha tenido puesta la mirada desde hace tiempo y lo ha ido mostrando en varios números muy *nutritivos*: entre los referidos a historias y memorias personales, mencionaré los que se dedicaron a Pedro Moyano, a Manuel Rojas y a Fernando Dols, o los tres con los que la antropóloga Eva Cote etnografió a los hombres, las mujeres y los niños del rebalaje (30, 35 y 39).

Pero, más allá de que el texto de Miguel sea un retal más en el tapiz de la memoria del barrio, sus relatos constituyen por sí mismos una pieza muy emotiva de su prehistoria vital, de su formación como persona (con sus máscaras), en un territorio ya inexistente, porque el paraíso de la infancia es ya pasto de la melancolía del tiempo ido. La infancia pertenece siempre a una geografía sentimental: las personas maduramos, nos transformamos y envejecemos al ritmo que lo hacen los lugares, los espacios que habitamos. Quizá eso sea lo que peor sobrellevamos: aquella playa no es esta, aquella casa ya desapareció, aquella atmósfera no es la misma, de aquel perfume apenas queda un rastro, siento que el tiempo huye, escucho una música lejana, estoy a la búsqueda del tiempo perdido...

El Miguel que reflexiona en estos primeros relatos es consciente de la revolución materialista que dinamitó el edén: la construcción furiosa, el hervidero del tráfico, el consumismo delirante, la tecnología agresiva, la incomunicación de las máquinas..., todo lo que enturbia nuestro presente y que ha arramblado con aquellos hábitos de la familia extensa, con el apoyo mutuo, con la buena vecindad, con los ritos y costumbres, todo lo pasado que añora el Miguel adulto y que no renuncia a seguir reivindicando.

Decía Miguel de Unamuno en el prólogo a su *Romancero del destierro* (1928) que "las obras más duraderas —se ha dicho mil veces— son las de circunstancias". En el anecdotario reunido por el amigo López Castro abundan estas pequeñas circunstancias que modelan el crecimiento del sujeto, en particular las que pueden considerarse como ritos de paso: la iniciación a la sexualidad y a la violencia, el "hacerse un hombre", la experiencia del miedo, el descubrimiento de la muerte (el vecino ahorcado), la educación en familia. El narrador hace una auténtica labor de psicoanálisis para constatar y superar circunstancias de una educación generacional machista.

Entonces, el mar fue la escuela del Miguel niño, en compañía de toda la tropa infantil, que se enredaba en pescar, correr las olas, luchar con un pulpo o en devolver a la mar un marrajo varado en la playa. La cercanía de los niños a la naturaleza, al entorno y a los animales es algo que se da en todas las culturas: es sintomático que este niño llene sus experiencias de pequeñas alimañas del mar y de la tierra (lagartijas, camaleones, saltamontes, mariposas, murciélagos, mirlos, perros, gatos, paíños y pavanas, entre otros). Pero el niño sensible que es no resiste la caza ni la crueldad con los animales, revelándose en definitiva como un narrador animalista y afín al ideario feminista.

Igual que el mar se ha ido empobreciendo, a medida que el hombre fue esquilmando la diversidad y abundancia de la pesca, también del paisaje urbano del barrio desaparecieron espacios de encuentro y solaz del vecindario, como los cines (*Lope de Vega*, *Los Galanes*). El profesor y activista en que se convirtió aquel niño reclama el espacio público y el placer de la naturaleza en colectividad y en armonía. El universo infantil, donde tan importantes son los animales, el ocio (trompos, canicas, cromos, tebeos) y los buenos olores (a salobre, a jazmines, a lápices Alpino y a las gomas de borrar), viene a concluir el educador López Castro, se delimita como un espacio al aire libre, un sitio de libertad, una zona libre de adultos. Una buena definición de la felicidad.

La narrativa de López Castro es un lamento por la cultura marenga, desaparecida o a punto de desaparecer. Es difícil plantarle cara a los bárbaros, que ya están aquí, armados con el videoclip, la consigna, el ladrillo, la comida basura, el *fake* y el eslogan. ¿Cómo haremos para seguir disfrutando con una película de dos horas, con el horizonte abierto a la mar salada, con una novela de muchas páginas, con una buena mojama, con una conversación cordial y dilatada?

El último sardinal. Óleo, técnica mixta. 45 x 65 cm. 2017

Introducción

Para Violeta y Alba, las dos amigas
que me hubiera gustado
tener en mi infancia.

Cuando empecé a dar forma a estos relatos de infancia pretendía que aquellas experiencias, anécdotas e historias vividas en la playa no cayeran en el olvido y recordarlas con gozo. Poco a poco, conforme iba escribiéndolas, me fui dando cuenta de la gran importancia que tuvieron en la configuración de mi personalidad, de mi carácter, de mi ideología y de mi forma de ver y sentir la existencia.

Redescubrí hermosos sentimientos y aspectos de la forma de vida que se está extinguiendo en los barrios: la idea de barrio popular, con sus claves de relaciones forjadas en la ayuda mutua, que es el mejor mecanismo de defensa ante la precariedad.

El espacio público era verdaderamente público, las reuniones en grupo en las calles, la playa, los baños, las salidas, las celebraciones no eran acontecimientos para el consumo o consumismo, sino para el encuentro, el trabajo y apoyo colectivo. Los lazos afectivos eran más fuertes porque el contacto humano era más continuado y todos se conocían más profundamente.

A pesar de que la gente, los niños y niñas de la playa, teníamos poca o ninguna capacidad económica para comprar cosas, desarrollábamos la imaginación y la creatividad para construir, crear y recrear nuestros juegos y proyectos colectivos de ocio; todo, aprovechando, descubriendo y aprendiendo del entorno natural y sus recursos.

La playa ya no es la que vivimos los de mi generación. Creo que la falta de libertad para estar junto con los de su misma edad, sin la presencia de los mayores y la falta de espacios para ello, es algo que entorpece el desarrollo y los aprendizajes de los niños actuales. Están demasiado tutorizados y la presencia de los mayores es como una losa que cae sobre ellos.

Estas experiencias que narro me marcaron de una o de otra manera, para bien o para mal o para ambas cosas. Por un lado, me encontré con que al recordarlas obviamente comparaba la infancia que tuve con la que hoy observo que tienen niños y niñas actuales. La mía en plena naturaleza, con mucha libertad; aunque yo era uno de los niños más vigilados y controlados de la playa. A pesar de eso, la calle nos pertenecía a nosotros, no al tráfico o a los comercios. Estábamos muchas horas sin la presencia y el control de los adultos, entre iguales, gestionando nuestras relaciones y afectos.

Luna llena. Óleo, técnica mixta. 75 x 65 cm. 2015

Pero no todo era bueno para la infancia, también crecí con muchas lacras que marcaron mi vida generando complejos y perjuicios educacionales que me ha costado mucho trabajo combatir. La moral religiosa negaba la sexualidad sana, ofreciendo de ella una visión terrible, perniciosa y castradora, generadora de prejuicios. Esa moral religiosa también patriarcal hacía que los niños y las niñas creciéramos separados y los niños ricos en privilegios frente a las niñas minusvaloradas y discriminadas. El machismo lentamente fue tomando cuerpo en nuestras mentes y nos marcó poderosamente.

Al escribir mis relatos, descubría como se habían gestado mis grandes conflictos personales y las razones de mi educación patriarcal. De alguna manera, la escritura de estos relatos también me ha servido de terapia para reconciliarme con terribles recuerdos que me han torturado durante años y que no había contado por vergüenza, ahora los acepto como parte de mí y he reducido mi sentimiento de culpa.

Antes de decidirme a publicarlos se los di a leer a mis hermanos y a un par de amigos de aquellos años de mi generación. A ambos les agradezco su amistad eterna. Cerca mía se crio Toni en las playas de Pedregalejo y el otro, Antonio Caparrós, en las playas de El Palo. Los dos vivieron más imbricados en la cultura marenga que yo, por tener padres y madres que vivían de la mar. Estos dos amigos de mi misma edad vivieron la misma infancia en la playa. Tras encontrar que todos reconocían aquellas experiencias como cercanas a sus vidas, por tener otras de parecidas circunstancias, me decidí a su publicación, así que aquí os dejo estos primeros relatos de infancia marenga, espero que os gusten.

El bosque de piernas

Lo más lejano en el tiempo que atesora mi memoria son apenas dos imágenes que siempre se juntan, aunque son distantes en el espacio.

La primera de ellas me hace sentir algo perdido y agobiado entre un bosque de piernas, gente de pie, yo entre ellas sin apenas llegar con mi cara a la altura de sus rodillas. Calculo que podría tener tres o cuatro años.

Sólo recuerdo esa imagen algo claustrofóbica en el autobús, camino de El Palo, seguramente un domingo para visitar a mis abuelos maternos.

Piernas y más piernas, el movimiento del autobús se une generando más inseguridad y agobio. Me recuerdo casi como un bolo inestable de la bolera. Sin embargo, mi mano sujeta con seguridad y cuidado por la mano de mi madre o mi padre me compensan con la suficiente firmeza y protección, que facilitan que este recuerdo no sea traumático. Se mezclan en él sensaciones placenteras; supongo que el instinto infantil por explorar lo nuevo, la felicidad misteriosa de ampliar nuevos escenarios distintos a la casa, posiblemente las expectativas del destino cariñoso y alegre en casa de mis abuelos encontrándome con mis tíos, primos y primas, y sobre todo la seguridad de encontrarme en la compañía siempre protectora de mis padres.

La segunda imagen de esa época de mi infancia, o tal vez de antes, es apenas una tira de varios fotogramas. En primer plano la cara bonachona y marenga de mi abuelo Luis, inclinándose hacia mí con cara de carantoñas desde detrás de la mesa de pescado.

Creo que se trata del mercado de pescado situado en las Cuatro Esquinas, en plena calle.

Mi recuerdo es puro alucine: muchos pescados grandes, con sus escamas como corazas duras y brillantes, reflejando el sol, pero siempre húmedas. Un rico muestrario de colores, tamaños y formas, los grandes peces expuestos con sus grandes ojos acuosos y redondos como botones de nácar y alabastro. Siempre me impresionó la firmeza y el hieratismo de sus caras, sus cabezas iguales, inexpresivas y engañosas al mostrarnos insensibilidad, nada de dolor o sufrimiento, ni en el momento de su muerte.

Junto a estos estaban también los peces pequeños a modo de montoncitos: ojos y más ojos en el montón de los chanquetes, la plata predominante en el montón de los boquerones o sardinas, la anarquía expresionista de formas y colores en el montón de macucos y pescados medianos de roca.

En la esquina de la mesa: las cigalas, los cangrejos, moviéndose con sus patas como robots agónicos en un suelo lunar, o las conchas finas que ante el roce esconden sus carne roja dentro de su fortaleza.

Esta imagen que permanece viva en mi recuerdo, se ha ido fortaleciendo durante mi vida de manera que no hay mercado en ninguna ciudad, que haya visitado, que no atrape mi atención y gozo con sus puestos de pescado, con ese olor a fresco de mar brava y espumosa.

Y yo allí, apenas alcanzando a ver los peces con sus colas colgando de la mesa de pescado marcando para siempre mi vida y atándome desde mi memoria, sin sonidos, sin música o palabras de fondo, pero como una coreografía perfecta. Y detrás de esta coreografía mi abuelo Luis "El Nuevedoble", patrón de la barca de jábega Ana María.

Miguelín con su hermano José Luis, Nieves y con el amigo Chani

El cine de infancia

Los primeros recuerdos de cine me llegan desde dos imágenes envueltas en sensaciones de tranquilidad y una seguridad placentera y tierna.

El cine al que íbamos la gente de la playa de Pedregalejo era el Lope de Vega. Estaba en la carretera general y después de ser cine ha sido discoteca para jóvenes y otro tipo de comercios de ocio. Actualmente está cerrado desde hace años y se está reivindicando que el ayuntamiento lo recepcione para destinarlo a servicios culturales y sociales, aunque conociendo a este ayuntamiento, poco se puede esperar, así perdimos el espacio de Casa Pedro, esperando que el ayuntamiento lo recepcionara.

En relación con su uso como cine, lo más lejano que recuerdo era la tierna música que ponían en los minutos previos a la proyección de la película. Era dulce, tranquila y relajante. Casi siempre era una música que años después, en mi adolescencia, identifique como de los Indios Tabajara. Me encantaba y me hice con varias cintas de cassettes de este dúo.

Era entonces tan pequeño que debía quedarme dormido durante las proyecciones y sólo era consciente del camino de vuelta a casa. Volvíamos andando, pero a mí, me traía en brazos mi padre con la cabeza recostada entre su cuello y el hombro. Mi padre siempre andaba con pasos muy firmes y como dando saltitos amortiguados. En ese bajar y subir yo medio despertaba a veces y veía el camino que dejábamos atrás, era una sensación placentera y apacible.

En verano íbamos a otro cine que estaba descubierto, tenía el cielo por techo y esas sesiones eran algo mágico, a unos 200 metros más allá del Lope de Vega.

En este cine de verano que se llamaba Los Galanes, también está hoy cerrado, lo que mejor recuerdo era los olores a flores que llenaban todo el recinto. En todo el perímetro interior había plantados árboles, arbustos y otras plantas con distintas flores todas escogidas por sus propiedades olorosas. Destacaban especialmente los jazmines.

El suelo era terrizo, y aunque había un servicio en la parte de atrás, junto al mostrador de bebidas y chuches, los más pequeños orinábamos en el suelo, en el mismo sitio donde estábamos sentados. Lo hacíamos con cuidado, en silencio y a oscuras durante la proyección, nuestros padres nos ayudaban y todo el mundo lo asumía como normal. Nadie protestaba si se hacía con cuidado de no molestar a los demás. El suelo absorbía el pis rápidamente y después de cada sesión se regaba el recinto.

Nos llevábamos los bocadillos y bebidas al cine y las familias con niños pequeños tenían en el cine una actividad de ocio muy adaptada a sus necesidades. Yo guardo muy buenas sensaciones de aquellas sesiones, aunque no recuerdo ninguna película en especial de aquella época.

Mojama y *pescao* frito

Si aguantas este relato al final te regalo un chiste.

Tras el viaje en el autobús llegamos a la casa de mis abuelos en El Palo. En el número 31 de la calle Olivar, una de las más antiguas y desprotegidas calles del barrio. Cuando escribo esto, sigue estando aislada sin la posibilidad de que puedan entrar allí los bomberos o una ambulancia. Pero claro las autoridades no entienden de necesidades humanas, sólo de rentabilidad política, allí hay muy pocos votos así que para qué gastar dinero.

Volviendo al tema, a veces en domingo visitábamos a los abuelos y nos encontrábamos allí una caterva de primos y primas que llenaba de gritos, carreras y juegos la calle.

La casa de mis abuelos era pequeñita, pero tenía un patio que a mí me parecía inmenso, siempre lo vi como algo mágico y extraño. En los cañizos dispersos que hacían de techumbre colgaban todo tipo de peces secándose. Mi abuelo tenía una barca de jábega llamada Ana María con la que se ganaba la vida, allí en el patio colgaba toda la pesca que no se había vendido y que se podía secar o salar.

Pulpos, pintarrojas, atún, caballas, palometas, agujas y otros peces colgaban secándose, y en el suelo, a la sombra, grandes latas de jamón cocido y cubos metálicos llenos de boquerones anchoándose y un mar de olores se mezclaban haciendo que unas veces me quedara extasiado mirando al secadero y otras saliera rápido del patio huyendo del fortísimo y desagradable olor de los boquerones en su proceso de convertirse en anchoas que supuraba un pestilente jugo salino. Ahora de mayor entiendo lo desagradable que podrían ser las piscinas del garum para el centro de la ciudad en la época romana.

Pero junto al patio estaba el altar de la casa: la cocina. Allí mi abuela freía pescado para todos y nos lo daba en cartuchos de papel de estraza.

Quemándome las manos paseaba de un lugar de la casa o de la calle a otro con mis primos y primas comiendo boqueroncitos, chanquetes, macucos, jurelitos, sardinitas y un sinfín de pescados exquisitos. Entonces los chanquetes y macucos no estaban prohibidos.

A veces, yo que debía ser muy comilón, me arrimaba a la cocina y mi abuela me permitía asar una pata de pulpo seco. Entraba en el patio, se alzaba o se subía en una silla y cortaba una pata del pulpo que colgaba como la estructura de un paraguas abierto sobre las cañas. En la cocina, preparaba el fuego y me daba la pata pinchada en un tenedor para que yo la paseara por la llama con cuidado

y su supervisión hasta que se tostara por todos lados. En esa función era tan apetitoso el olor que siempre quería retirarlo antes de que estuviera. Me lo daba en un papel de estraza para que no me quemara. Yo deambulaba de aquí para allá mordisqueando la pata, en ese rato no había manjar que deseara tanto.

Tras los juegos, alguna discusión y las charlas de los mayores, volvíamos a casa y mi madre traía una bolsa con un papelón repleto de pescado frito, era "el pescao frito de un día pa otro" para comer al día siguiente.

Siempre que cuento esta historia me acuerdo del chiste:

Había una mujer friendo pescado junto a la ventana de la cocina que daba a la calle. Pasó un pobre y fue a pararse junto a la ventana.

–¿Le gusta a usted el *pescao* de un día *pa* otro? –le preguntó la mujer.

–Sí, mucho –afirmó el mendigo.

–Pues como lo estoy friendo ahora, venga mañana a por él.

La gracia de este chiste es la clásica gracia cruel de algunos chistes populares.

La aventura del desayuno

Cuando alguna vez me preguntan cómo fue mi infancia en las playas de Pedregalejo, siempre me acuerdo de los desayunos en el verano cuando no había escuela.

La orilla del mar, es decir el rebalaje, estaba no más lejos de 4 metros del muro trasero de mi casa. Junto a un lateral de la casa había un callejón de apenas un metro de ancho y allí mi casa tenía una puertecilla desde la que se salía a la playa.

Cada mañana temprano repetía como un ritual mi desayuno; salía por esa puertecilla con una taza de ColaCao y un trozo de pan con un hoyo en la molla relleno de aceite. Andaba unos pasos y ya estaba desayunando de pie, dentro del mar, con el agua por los tobillos o las rodillas. Mientras desayunaba miraba hacia la inmensidad del mar y hacía planes de los juegos que programaría con mis amigos que pronto aparecerían por la orilla.

Un día, nada más salir a la playa encontramos varado o estancado en la orilla un gran marrajo de al menos dos metros de largo. Rápidamente nos acercamos, nos mirábamos asombrados.

–¡ES UN TIBURÓN! –dijo uno, nos acercamos prudentes y nerviosos, entre risas y exclamaciones ansiosas, entre el miedo y el impulso curioso e investigador propio de la infancia. En un acto de valor lo tocábamos con una caña de las que siempre había en la orilla. Poco a poco, retándonos con los gestos y la mirada, del tímido empujar con la caña pasamos a golpearlo encima.

Sentí la necesidad de llevar la taza a mi casa para estar más cómodo, pero tampoco quería perderme ni un segundo de lo que pasaba. Por otro lado, el acercamiento se había convertido en una clásica competición patriarcal de quién era más hombre, más macho, más valiente y por lo tanto capaz de correr más riesgo.

Pasamos de los golpes con la caña a las patadas y de eso a subirnos encima y saltar sobre el pobre animal al que ya suponíamos que estaba muerto.

De pronto, cuando la adrenalina comenzó a bajar por el convencimiento de que estaba totalmente muerto y no nos podría morder, nuestros pies al saltar pisaban inseguros; el marrajo comenzó a moverse de izquierda a derecha queriendo volver al agua que cubría la mitad de su cuerpo.

Una multitud de gritos histéricos salían de nuestras gargantas.

–¡ESTÁ VIVO! ... ¡CUIDADO!

Alertado por los gritos corrió hacia nosotros un vecino pescador. En su carrera desesperado gritaba:

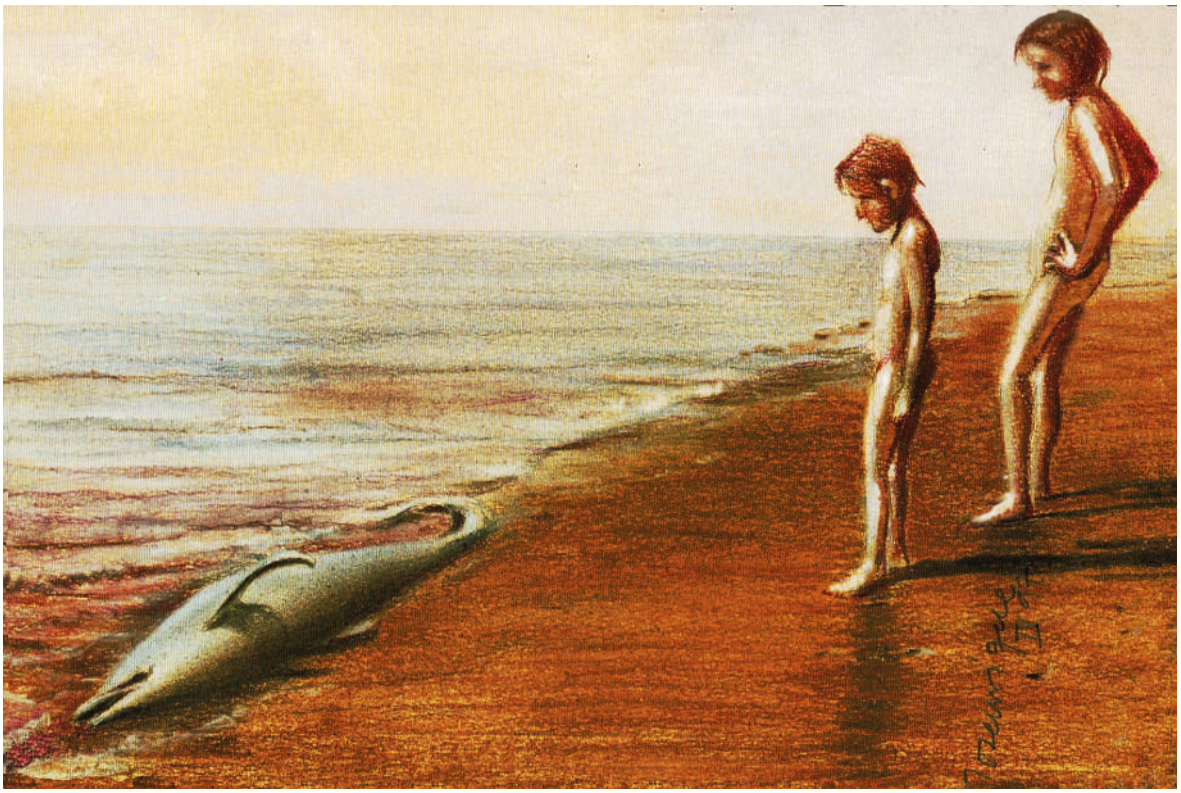
–¡DEJADLO, APARTAROS, APARTAROS!

Cuando llegó a nosotros, el marrajo ya se movía dentro del agua lentamente, como mareado, herido o moribundo. Salvador, que así se llamaba el pescador, echó con rapidez su bote al agua para perseguirlo, lanzándole reiteradas veces su pequeño ancla, así durante un tiempo golpeándole le persiguió hasta que se sumergió y lo perdió de vista sin poderle dar caza, en este caso pescar.

Al salir a la orilla nos echó una bronca y nosotros pensamos que más que por preocupación por nosotros lo era por el enfado de no poderlo pescar.

Cuando se marchó, nuestro comentario entre risas fue:

–Valiente *pescaor* que no coge ni un *pescao* moribundo.



Pez en la orilla. Carboncillo, técnica mixta. 35 x 25 cm. 1992

La gran estafa de los Reyes Magos

Esa infancia mágica en la que se caen los castillos emocionales más altos y se fundamenta la razón y el pensamiento lógico, también suponen una usurpación de espacios de ilusión que siempre quedarán atrás con añoranza. Pocos como el de los Reyes Magos estuvieron tan bien construidos para generar felicidad y a veces frustración.

"En la casa de los pobres nunca reina la alegría" dice el cante flamenco. En este caso por muy pobre que sea la casa siempre reina la alegría en ese día. Con regalos modestos, pero lo maravilloso es que los niños y niñas siempre teníamos un principio de realidad mágico que hacía que esperáramos

con ansiedad positiva y esperanzadora. Por muy pobres que fueran los regalos, esos eran los que habíamos deseado, no desear lo inalcanzable ya era un aprendizaje integrado en nuestras vidas. Esta ansiedad positiva siempre, o casi siempre, se mutaba en felicidad ese día. Por lo menos en mi caso.

Todos los niños y niñas recibíamos reyes en Pedregalejo. Como el barrio era de trabajadores, pescadores, y de una clase social homogénea, las expectativas eran muy parecidas y la frustración por la comparación era mínima. Tampoco teníamos tantas trampas de publicidad constante y omnipresente como ahora.

Recuerdo que esa sensación esperanzada y feliz, era más fuerte por el componente de misterio "¿qué será, lo que espero?, ¿otra cosa mejor, peor...?" Siempre se colmaban las expectativas, pero hasta que te despertaban a golpe de corneta y el aviso voceado de padre y madre:

–¡¡Han llegado los Reyes, han llegado los Reyes!! –mantenía el misterio.

No recuerdo haber perdido el sueño por el misterio y el estrés esperanzador de esta fiesta de los Reyes Magos, sin embargo, sí que he perdido el sueño por otras circunstancias estresantes de la vida.

De un salto bajábamos de la cama y en torno a la de nuestros padres y en los pasillos de la casa se encontraban muy bien expuestos los regalos que con mucho cariño habían dejado los Reyes. Era un recorrido lleno de sobresaltos, de euforia que hacía estallar el pecho de alegría y emoción. Después del reconocimiento rápido de todo, o casi todo lo que habían dejado, llegaban los momentos más pausados y gustosos de regodearte en detalles que iban matizando de percepciones gozosas cada encuentro con algo esperado o no. Recuerdo grandes regalos, caros para nuestras posibilidades (pero nunca excesivos), no se me olvidan los olores de los materiales escolares: libretas que me gustaba ojear en blanco, pasando rápidamente las páginas y oliéndolas, el olor de las gomas y lápices de colores Alpino, cada objeto con olor a nuevo era un disfrute que me hacía desear su uso en la escuela. Recuerdo mi primer compás y lo que siempre me gustaron estos artilugios para el dibujo y el trazado, las acuarelas, los pinceles, etc. Es paradójico que recuerde con más ilusión estos regalos que otros más caros. El año que nos topamos con la caja grande de juegos reunidos Geyper, nos pareció excesivo, casi me dió complejo de culpabilidad porque creía que no me lo merecía. Los tebeos y libros de cuentos fueron mi enganche con el mundo del estudio, de la cultura y de la lectura ilusionada y reparadora, creadora de espacios de libertad de pensamiento y de gozo en la experimentación de lo infinito e inabarcable, lo siempre abierto a la búsqueda y el encuentro o la incertidumbre.

Mis padres salían unos días antes a comprar los juguetes sin que nos diéramos cuenta. Pero un año nos pilló su vuelta jugando delante de la casa. Me llamó la atención su actitud huidiza y que apenas se pararon a decirnos algo, se dirigieron rápidamente a la casa abrieron la puerta y con la misma rapidez la cerraron al entrar con las bolsas que portaban en las manos que ya eran sospechosas. La curiosidad me guió a asomarme a la ventana acristalada de la puerta que estaba entreabierta.

Mi sorpresa fue mayúscula, vi como sacaban los regalos y reconocí algunos de ellos, rápidamente lo relacioné con los Reyes Magos, ya había oído alguna conversación en torno a la falsedad del acontecimiento, pero no había querido aceptarlo como cierto. Quedé conmocionado; una apatía depresiva me invadió y aquello cambió para siempre mis expectativas sobre aquellas fiestas, que pasaron a ser más insulsas y frías.

Perdí aquella ansia hermosa que me tomaba al despertar cuando mi padre hacía sonar la corneta al grito de:

–¡¡Han llegado los Reyes, han llegado los Reyes!!

De cualquier manera seguí haciéndoles pensar que continuaba creyendo en los Reyes Magos, en parte por no romperles a ellos la ilusión que ponían y en parte por miedo a que ya no recibiera tantos ni tan buenos regalos en esas fechas.

Miguel López Castro

El ahorcado del paraíso

Hay historias que no se pueden olvidar, y yo tengo una enquistada en mi recuerdo que he debido contar en muchas ocasiones a mis amigos. Siempre el motivo de recurrir a esta historia está relacionada con el trauma que sentí o con la admiración por la determinación de mi padre.

Está alojada en los recuerdos de la primera infancia con un halo de taró o nebulosa que envuelven lo que ocurrió como si de una secuencia cinematográfica difusa fuera. Puede que mi interés por la historia haya aportado matices que completen las dudas que quedaron por no ver determinadas cosas que modifiqué para acabar el relato. Yo no debía ser un niño muy crecido, las imágenes que me vienen al recuerdo, aparecen desde un plano desde abajo, desde una estatura pequeña. No obstante el caos que se produjo facilitaba que me moviera en libertad entre la gente sin ser controlado por mi madre que no llegó a retenerme en casa.

Era una tarde noche veraniega y tranquila, o primaveral porque en verano se solía sacar el televisor a la calle y en esta ocasión estábamos viendo el televisor dentro de la casa en el pequeño salón que a la vez era comedor y cocina.

Las playas de Pedregalejo, tenían una vecindad de condición social popular y economía modestísima, así eran todos los barrios de pescadores de Málaga, las zonas más pobres de la ciudad. En esa época llegó el televisor a muy pocas casas, la mía era una de las tres o cuatro que tuvieron ese privilegio en la calle Cenachero, que así se llamaba la calle donde vivíamos. La costumbre (que ya quisiera yo para hoy día) era sacar los televisores a la puerta de la casa y así las familias que no tenían televisor, se reunían con sus sillas formando un semicírculo a su alrededor mientras hablábamos, reíamos y comíamos pipas, en ratos de encuentro, más que agradables. Era una experiencia hermosa que recuerdo con mucho cariño. La calle pertenecía a la vecindad, no a los coches y al tráfico; en ella se convivía fortaleciendo las relaciones colaborativas y empáticas entre las familias. Poco a poco el tráfico fue ocupando esos espacios y la gente se recluyó en sus casas acentuando el individualismo y la desconexión. Además de servir para desmovilizar las pocas oportunidades de colectivizar las necesidades de protestar por las cosas que estaban mal en los barrios.

Recuerdo el día que trajeron el televisor a mi casa. Lo instaló el técnico y como entonces eran en blanco y negro, le ponían una pantalla de plástico para colorear las imágenes pero le quitaba nitidez, por lo que la usábamos poco.

Volviendo a la historia, diré que estábamos viendo una serie de un abogado que si no recuerdo mal se llamaba *Dan el defensor*.

Debíamos estar muy enganchados porque la interrupción de unas voces en la callé fue como un shock para todos. Mi padre saltó de la silla, salió corriendo y en nada de tiempo volvió igual de rápido, cogió un cuchillo de la cocina y volvió a salir.

En ese punto de descontrol y locura, supongo que mi madre supuso lo peor y salió tras él gritando:

–¿Qué pasa? ¿Qué pasa Miguel?

Y la seguí, todos recorrimos los 8 o 10 metros de calle hasta la casa de enfrente, donde se agolpaba la gente. Esta era una casa grande, con un jardín que era el motivo de que la llamáramos "el paraíso", siempre estaba cerrada. En las rejas de las ventanas que daban a la calle, mi padre solía atar sus mulas cuando dejaba de trabajar con el carro.

Al llegar al tumulto de personas que allí se congregaban, entre gritos y comentarios que combinaban el miedo, la curiosidad y los nervios, casi histeria colectiva, moviéndose sin orden de aquí para allá y dando gritos de terror y dolor. Me hice sitio entre las piernas hasta llegar a las puertas del jardín. La gente me empujaba hacia fuera y decía: –Llevarse de aquí a este niño.

Salió mi padre con el cuerpo de un hombre a hombros y lo descargó a la entrada de la casa, ya en la calle. Comenzó a hacerle reanimación con las manos en el pecho, de pronto vi salir algo de espuma de su boca. Todo fue inútil.

Para completar la historia diré que entre los gritos y comentarios nerviosos de la gente descubrí que se había ahorcado y que mi padre había cortado la cuerda que lo sostenía de la rama del árbol que había en el centro del jardín de la casa.

Cuando todo acabó, mi madre, que seguro que pensó algo peor de la actitud de mi padre al salir con un cuchillo, se percató de que yo estaba allí y a empujones me metió para dentro de la casa, regañándome por salir sin su permiso.

Todo es muy difuso en mi recuerdo. No sé si llegué a vivir todo lo que recuerdo o lo he reconstruido yo, dando coherencia al relato en mi memoria. Por ejemplo recuerdo el golpe del cuerpo al caer al suelo, cuando mi padre cortó la cuerda, pero no lo llegué a ver. Sin embargo en mi memoria veo a mi padre desesperado recogiendo el cuerpo a oscuras y sacándolo a la calle, hecho que no pude ver. Si recuerdo como más impactante el caos y desasosiego de la gente que se agolpaba allí.

Entonces era muy habitual que se dieran suicidios, fueron varias las noticias de ahogados en el mar. En muchas ocasiones me imaginé cuanta determinación por acabar con su vida tiene que tener una persona, para ir adentrándose en el mar venciendo la sensación de ahogo hasta morir sin ceder ante la angustia y abandonar la mortal decisión.

Tres casas más allá de la mía, un vecino se suicidó así, con el pantalón y la camisa se adentró en el mar hasta no hacer pie y ahogarse, era un hombre de la mar experto nadador, sin embargo, ni el mecanismo de supervivencia instintivo pudo vencer su determinación por acabar con su vida.

Pájaro. Acrilico, técnica mixta. 100 x 57 cm. 2020

Miguel López Castro

La mar como escuela

Recuerdo la primera escuelita en la que estuve con cuatro años. Era una pequeña casa con un patio que daba a la playa. Este patio no tenía puerta para acceder a la playa, así que servía de almacén de algunos materiales que podían estar a la intemperie y un bidón de leche en polvo de la que nos daban a veces unas tazas para llevar a casa.

Recuerdo a mi profesora inclinada hacia mi, dándome lectura. La tortuosa, tediosa y aburrida experiencia de aprendizaje a base de machaconería, esto era una continua repetición de las vocales.

–Oooooo, aaaaaa, eeeee –repetía ella, a la vez que señalaba la letra correspondiente y esperaba que yo la repitiera cuando callaba.

De todos esos repasos recuerdo uno en el que yo no daba pie con bola y la profe desesperada repetía a gritos y enfadada las letras en las que yo no podía concentrarme; estaba más pendiente de su enfado y esto me hacía errar una y otra vez.

A esta escuelita la llamábamos "las cagarrutas" porque cada día se paraba allí en la acera de entrada el cabrero con sus cabras a vender la leche; cuando se iba, la acera estaba tapizada por las cagarrutas de las cabras. Pero mi amigo Toni me dijo que también se la llamaba así por otros dos motivos: el primero por haber sido antiguamente un establo de cabras y el segundo porque era una escuela de niños pequeños a los que se llamaban cariñosamente cagarrutas.

Mari Nieves, José Luis y Miguel con Manolo en hombros

No se me olvida el día en el que la maestra me castigó en el patio para tomar el aire; no debía estar yo muy lúcido con la lectura y me encerró allí. Cuando acabó la jornada cerró la escuela y se fue, se olvidó de mí. Yo que era muy comilón y sintiendo el apretón del hambre, me encaramé al bidón de leche en polvo y me comí toda la que pude. Después desde el bidón trepé por el muro hasta caer al otro lado en la arena de la playa. Me fui a casa que estaba a pocos metros y cuando conté a mi madre lo ocurrido empecé a tener dolor de barriga, había cogido un empacho de campeonato; al otro día, muy digna, fue al colegio y con mucha educación le pidió a la maestra explicaciones, las mismas que no pudieron contentar a mi madre pero le aseguró que no volvería a ocurrir.

A lo que aprendíamos en esta escuela se sumaba la función educativa que nos ofrecía la mar. La mar era la escuela de verdad

en la que los aprendizajes eran naturales, espontáneos, divertidos y apasionantes, como debieran ser también los escolares.

La mar y la playa nos ofrecían cada día una sorpresa e infinidad de experiencias que nos enriquecían. Aunque contábamos con cierta vigilancia por parte de los mayores, y ciertas normas de seguridad, siempre gozábamos de una libertad privilegiada. Con respecto a la vigilancia y control yo no podía estar tan alejado como para no oír las llamadas de mi madre. Por ejemplo, tenía prohibido ir a la vía del tren, a las otras calles paralelas a las mías, tampoco a un llano donde se jugaba al fútbol, todos esos lugares tenían en común que estaban lo suficientemente lejos de mi casa como para que cuando mi madre me llamaba no oírla. Esa era una costumbre para todos. Mi madre salía a la calle y lanzaba un grito con mi nombre todo lo fuerte que pudiera y lo prolongaba hasta que se le acababa el aire:

–Miguelíiiinnnn –si yo no lo oía y no acudía a la llamada me castigaba sin salir e incluso podía caerme algún cachetazo.

Unos aprendizajes tenían que ver con esa libertad que gozábamos de relacionarnos entre iguales en edad sin la presencia de los adultos. En ese ámbito explorábamos e intercambiábamos experiencias, conocimientos que tal vez no estaban bien vistos para los adultos, pero todo se regulaba luego en casa según lo que contábamos y los padres nos limitaban las junteras con determinados niños y espacios de juegos. Pero teníamos la libertad de acceder a juegos de riesgo limitados, en los que aprendíamos a conocer nuestros límites reales: límites físicos, relacionales, de exploración del medio, etc. La capacidad para autoorganizarnos y planificar proyectos de grupo, en equipo, también peleas individuales y en bandas. Yo huía de ellas y les tenía mucho miedo. En estas y otros juegos aprendíamos a ser "hombres de verdad" con todo lo patriarcal que conlleva.

De esas experiencias recuerdo algunas con especial cariño por lo imprevisibles y novedosas que eran siempre:

los días de temporal: correr más que la ola

Los días de temporal de otoño e invierno eran muy especiales, cuando las olas batían sobre la playa de forma embravecida, el agua espumosa volvía hacia atrás, hacia el rompeolas. Seguíamos el agua en su retroceso y esperábamos a ver como esa espuma nacarada y huidiza era tragada por la siguiente ola que rompía y nos perseguía, volvíamos corriendo calculando que no nos atrapara en su subida hacia la playa recorriendo el rebalaje. A veces nos alcanzaba con tanta fuerza que incluso nos daba un revolcón y nos ponía empapados (recordemos que no era época de baños y nuestras madres nos echarían la bronca).

Ese enfrentamiento –pugna con la mar– ese riesgo de perder en el pulso entre su fuerza y rapidez con nuestro cálculo y celeridad, nos hacía subir la adrenalina hasta hacerla parecer felicidad intensa. En cada carrera había una jugada con todo su desarrollo y final feliz. Las carcajadas y continuos gritos nerviosos ante la duda de si nos alcanzaba el agua o no, se convertían en el máximo disfrute, incluso cuando perdíamos ante las olas y nos daba el revolcón merecía la pena el riesgo.

Junto a mi casa, en el muro de la casa de doña Pura, quedaba durante todo el otoño y el invierno un madero redondo, saliente de la pared, sobre el que se apoyaba la escalera de madera que se usaba para bajar a la playa cuando venía con sus hijos en las temporadas de vacaciones.

En estos días de temporal en otoño e invierno, las olas se estrellaban en su último recorrido contra los muros de las casas; cuando retrocedían convirtiendo toda la playa en un rebalaje, salíamos por turnos de mi callejón, corríamos a engancharnos con los brazos en ese tronco, esperábamos la llegada de la ola y encogíamos las piernas enganchándonos al tronco como garrapatas para evitar que la ola nos "bañara".

Así la mar nos daba clases privilegiadas de educación física; la velocidad, el cálculo y todo tipo de ejercicios sin planificación académica, con el único objetivo de divertirnos con nuestra profe la mar.

A veces el temporal traía algún pez aturdido por la fuerza de las olas y cuando los veíamos cerca del rompeolas luchando por no ser arrojados a la playa unas ganas inmensas de tirarnos al mar para atraparlos nos invadía y nos hacía luchar contra la prohibición de nuestros padres de echarnos al agua cuando la mar estaba en esas condiciones. Siempre había un adolescente o mayor que lo hacía, y volvía a la orilla con el pez agotado entre sus brazos. Unas veces un bonito o un atún pequeño, un robalo, u otros.

la mar: entre la felicidad y el terror

En verano la mar también se ponía brava y nos ofrecían inmensas olas que nos servían para deslizarnos estirando los brazos y piernas simulando ser una tabla, así desde que rompía la ola hasta llegar a la orilla.

Era apasionante, pero en más de una ocasión la ola nos hacía perder la horizontalidad y nos envolvía en un torbellino de arena, espuma y agua que nos aturdía haciéndonos perder la orientación, de tal manera, que era imposible, o casi, salir a respirar a la superficie. Muchas fueron las veces que dando vueltas y golpeándome con las piedras del fondo, buscando desesperadamente la superficie, pensé que me ahogaba y no llegaba a salir de ese caos.

Una de aquellas veces fue tan así, tan radical que durante muchos años la tuve presente en forma de pesadilla. Siempre me despertaba incorporándome desesperadamente en la cama con la boca abierta como si saliera del agua para respirar frenéticamente.

Al acabar los temporales la mar se retiraba pacíficamente y dejaba una playa amplísima, el suelo arenoso combinado con piedras de todos los tamaños, duro y húmedo albergaba todo tipo de materiales que habían traído las olas y corrientes.

La playa se llenaba de niños, niñas y viejos paseantes, caminando con lentitud, espalda encorvada, las manos cruzadas en la espalda a la altura de la cintura y la mirada en el suelo esperando encontrar alguno de los tesoros que había dejado el temporal. Se encontraba de todo: juguetitos, anillos, pulseras, monedas hasta de los habitantes más lejanos en el tiempo (romanos, árabes) o en el espacio (turistas contemporáneos). Era otro regalo de la mar. Una turba de personas paseaban con parsimonia comentando entre ellos la suerte que habían tenido en la búsqueda y los efectos del temporal en las casas de los pescadores.

Gaviotas. Lápiz, técnica mixta. 22 x 18 cm. 2023

¡Oh aquella libertad en la naturaleza!

Veo-siento-considero un misterio, cómo se ha producido en mí el viaje-transformación-construcción de mi actitud-posicionamiento ante la naturaleza y los principios ecológicos. Cómo los aprendí-interioricé a pesar de las experiencias tan sólidas y continuadas, contrarias a lo que hoy sostengo-siento-soy.

En nuestra infancia la naturaleza era la proveedora de toda nuestra actividad lúdica. Esta actividad de juego se mezclaba y justificaba con la de subsistencia económica. Vivíamos en la playa, pero junto a ese ecosistema teníamos muy cerca, a tres filas de casas más al norte, otro ecosistema muy distinto; las huertas y descampados que nos proporcionaban otro ámbito, pero igual de rico en incentivos y elementos para inventar e investigar a modo de juego. Como frontera de estos dos contextos naturales, aunque también humanizados, estaba la vía del tren, la Cochinita que llamábamos al tren que por allí pasaba camino de Vélez, también era un elemento importante en nuestras experiencias lúdicas.

Muchas veces he comentado con amigos de mi edad y que se criaron como yo en estos entornos, que disponíamos de un verdadero paraíso para el desarrollo infantil, sin vigilancia de adultos, nos reuníamos los niños por un lado y las niñas por otro. Teníamos un código de conducta y unos protocolos de uso de los elementos de estos contextos, aunque también teníamos la posibilidad de subvertirlos entendiendo que eran ámbitos de libertad que podíamos permitirnos, ocultándoselo a los mayores.

Un verdadero paraíso educativo que sobrepasaba con creces al contexto escolar dominado por los contenidos académicos, aburrido y opresor en sus formas y normas, totalmente alejados de la vida y del contexto real que vivíamos.

Sin embargo, tanto estos ámbitos de libertad, como la educación escolar, ambas estaban llenas de contradicciones propias de una cultura que ignoraba determinadas premisas educativas e ideológicas indispensables para la educación actual. Por un lado la relación respetuosa y equilibrada con la naturaleza y su biodiversidad, por otro el tipo de relaciones especialmente pacíficas, igualitarias e inclusivas.

Aunque aprendíamos mucho de la naturaleza y de los animales que la habitaban, estos no dejaban de ser para nosotros juguetes que estaban a nuestra completa disposición sin ningún tipo de límite en su uso. Así desde la perspectiva actual, los juegos con ellos podían ser considerados hoy como torturas crueles y despiadadas. Estos juegos eran para nosotros relaciones naturalizadas por las costumbres heredadas de nuestros padres, en su uso de la misma; todo quedaba justificado bajo la necesidad de subsistencia y nuestro espíritu de cazadores naturales. Aprendizajes que eran daños colaterales de la infantil actividad cazadora o pescadora. Manteníamos viva la vida del recolector paleolítico pero entrenándonos para la insensibilidad ante el sufrimiento de los animales sin que realmente fuera necesario. Esto creo yo que era y es algo propio del patriarcado de la herencia cazadora.

Jugábamos en el campo en descampados y huertas, entornos con roquedales y vegetación salvaje, que se daba de manera natural en torno a las vías del tren, En ese contexto, la caza inútil de infinidad de animalillos sólo tenía como motivo nuestra diversión. Cazar a pedradas las lagartijas sólo buscaba como meta demostrar entre nosotros, la superioridad de los que más puntería tenían, sobre los que tenían menos. La competición y jerarquización entre nosotros era el sentido de muchos de nuestros juegos, mezclados con la insensibilidad ante el sufrimiento de los animales que caían en nuestras manos. Estaba mal visto no mostrar divertimento al ver cómo se movía nerviosamente la cola recién

desprendida del cuerpo de la lagartija. Nos consolábamos diciendo que la cola no sufría dolor y que a la lagartija, si había logrado escapar o la habíamos puesto en libertad le volvería a crecer otra cola.

Entonces el camaleón no estaba en peligro de extinción, ni protegido. Ahora sé que nosotros y ningún otro motivo es la causa de su actual necesidad de protección.

Se capturaba y se le hacía fumar para verlo tambalearse con torpeza, mareado. Se decía entonces que si se le colocaba en una superficie roja adoptaba ese color hasta estallar. Nada de esto provocaba rechazo en la mayoría de los niños. O cortarle una pata a los saltamontes para ver su incapacidad para saltar, coger mariposas sin ser coleccionistas, o cazar con un palo largo los murciélagos que daban vueltas en torno a los insectos que pululaban en las farolas, etc.

Todas estas acciones supongo que eran permitidas, e incluso promovidas por los adultos como un cierto rito iniciático que te endurecía para prepararte para la vida y la caza de supervivencia. Esta también se ponía a disposición de los niños. Recuerdo que mi padre me llevaba a cazar pajarillos los fines de semana con trampas. Otros cazaban con redes.

A pesar de todo tengo buenos recuerdos de aquellas experiencias. Sobre todo el levantarse de noche, que era algo inusual para los niños, un ámbito de libertad poco común, llegar casi de noche al lugar, adentrarme entre la vegetación con mi padre, la sensación de seguridad que me transmitía ante los supuestos peligros que nos acechaban entre la vegetación, el esfuerzo de superación andando con las botas que se clavaban en el barro y en el agua de los arroyos, el olor a fresco y salvaje de la frondosidad, los pequeños descubrimientos, aprendizajes y consejos que me daba mi padre con sus conversaciones para moverme con seguridad. Volver a casa con un buen morral lleno de pajarillos, aprender a desplumarlos y quitarles la piel de la cabeza, para que mi madre los friera; funciones que aparentemente son despiadadas y crueles, las vivíamos con total naturalidad. Y saborearlos sabiendo que se habían conseguido con tu esfuerzo.

Sin embargo, un día cambió todo y nada de ello merecía ya la pena para mí. Recogíamos las trampas con los pajarillos que habían caído en ellas, que era una tarea fácil, porque todos estaban muertos, sólo tenía que abrir las trampas y echar el pájaro al zurrón. En cierta ocasión, cayó un mirlo en una de las trampas más pequeñas. Este pajarillo era mayor que los jilgueros, chamarices, y otros, así que estaba vivo, mi padre me dijo que lo sacara de la trampa y lo matara de un golpe contra el suelo para que no sufriera. Así lo hice, pero con tan mala suerte que no sólo seguía vivo, sino que quedó en el suelo dando convulsiones nerviosas con las patas y todo el cuerpo. Mi padre alterado me volvió a requerir que lo matara y de nuevo lo intenté, hasta tres veces tuve que golpearlo contra el suelo. Yo viví aquello con mucho estrés y ansiedad. Volví a casa callado durante todo el viaje. Mi padre captó mi sufrimiento y cuando mi madre, tras comentar conmigo el acontecimiento, le pidió a mi padre que no me llevara más a cazar, lo respetó y nunca más me lo propuso.

Años después, siendo ya un chaval de 17 años, al salir del restaurante donde trabajaba de camarero, subiendo calle Villafuerte donde vivía, casi por instinto aprendido y sin pensar que podía darle, le tiré una piedra a un gorrión, que había unos metros por delante de mí en la acera. La casualidad hizo que le diera y el gorrión quedó en el suelo igual que aquel mirlo. Tuve que matarlo como hice con el mirlo. Se me revolvió el estómago de dolor, mirando hacia todos lados, temía que me hubiera visto alguien. Por suerte no fue así y con gran complejo de culpabilidad seguí subiendo la cuesta hacia mi casa sin poder evitar que se me escaparan las lágrimas de impotencia ante mi reacción tan estúpida y anacrónica en mi vida de casi adulto.

Volviendo a la infancia, crecíamos en la insensibilidad y no nos provocaba grandes problemas mentales cazar mariposas, saltamontes a los que le cortábamos una pata para ver cómo sus saltos ya no eran tan grandes, y algunos niños maltrataban a perros y gatos. Algo que nunca pude soportar, era ver cómo tiraban una camada de gatos recién nacidos al agua y los miraban hasta ver que se habían ahogado todos.

Cigarro. Óleo, técnica mixta. 45 x 65 cm. 2012

Los niños que eran más duros y crueles con los animales eran considerados los más machotes y los que aguantábamos menos éramos considerados afeminados y maricones. Recuerdo siempre esa lucha interna para no aceptar la normalización de tanta crueldad y por otro lado tener que aparentar dureza y que era capaz de soportarlo mostrándome como duro e insensible, para ser aceptado en el grupo.

En la playa era más fácil ser duro, o la dureza no aparecía como tan cruel. Los peces no mostraban dolor y no vivían junto a nosotros, había una mayor distancia emocional. Aún así determinados juegos seguían provocándome ciertas contradicciones y complejos de no ser lo suficientemente machote.

Algunos de esos divertimentos crueles, parecían necesarios como el de limpiar la orilla de avispas. Solíamos estar allí y había que desprenderse de ellas para que no nos picaran. Con los restos de pescados acumulados en la orilla, pudriéndose al sol, se acumulaban cientos de ellas. Entonces preparábamos todo tipo de trampas para matar o cazar vivas todas las posibles.

Sin embargo otros juegos tanto o más crueles, no eran nada necesarios para conquistar el espacio de la playa que pensábamos que era sólo nuestro, como cazar paínos o pavanas a pedradas en pleno vuelo o con trampas de hilo de cobre.

Preparábamos un montículo de arena, en forma de meseta, con un lazo de hilo de cobre atado a una cuerda, que a su vez acababa atado también a una gran piedra o un ladrillo. En el montículo se colocaba una sardina o un boquerón muy bien enjuagado para que brillara al sol y atrajera la atención de la gaviota que al cogerla bajando en pleno vuelo quedaba atrapada en el lazo de cobre.

Intercambiábamos los paínos apresados, incluso los vendíamos.

Nunca supe que hacían con ellos los que acumulaban muchos. Yo siempre los ponía en libertad tras jugar con ellos un rato y vacilar ante los demás de lo buen cazador que era.

Todo para demostrar mi hombría, mi virilidad y que era un machote. Para ser reconocido como tal.

A pesar de ello nunca fui muy reconocido en ello, porque pasaba mucho tiempo jugando, charlando y contando chistes con las niñas. Con ellas me sentía muy a gusto sin tener que estar demostrando mi fuerza, mi valentía o mi crueldad, sin tener que medirme y compararme en ello con ellas. Ni me sentí humillado ni forzado a humillar a otro.

Cuando pienso en cómo vivía yo estas situaciones, siempre me es difícil sacar conclusiones claras. Porque me descubro emociones contradictorias y en distintas medidas según qué acción o actitud.

Por un lado estos juegos de niño te hacían sentir con el control de lo que esperaban de ti, era en parte un reto que te reportaba mucha satisfacción, eran hitos de superación con mucho atractivo: enfrentarse al peligro, la incertidumbre, superar el miedo, marcarte retos a cubrir y vencer en el empeño, superar los fracasos, ponerte en riesgo y superar las señales de aviso que te inmovilizaban, era apasionante y te empoderaba.

Por otro lado, todo esto no se vivía en el grupo de amigos o pandilla como algo común de refuerzo colectivo, de empatía y colaboración. A veces entre dos amigos muy íntimos sí, o cuando se competía entre dos grupos, pero en general y como norma se funcionaba reproduciendo la competitividad insana, el enfrentamiento que busca la humillación del otro y a veces la crueldad y agresividad de un modelo de varón y una hombría muy patriarcal.

No se mostraba comprensión con el sentimiento de miedo, que había que ocultar para que no te humillaran y te apartaran del grupo. Lo mismo ocurría con la mayoría de sentimientos, que en general eran interpretados como debilidad, sensiblerías consideradas cosa de niñas y mujeres que se convertían en acusaciones denigrantes de ser blandengue y maricón.

Siempre estaba presente el reto de hacerte un "hombre de verdad" cuanto antes mejor para evitar el rechazo y el ostracismo.

Haciéndome un "hombre de verdad" (I). Me juego la vida con el pulpo

Muchas veces no hacía falta testigos acusatorios para que uno se enfrentara al riesgo para "dar la talla" como un verdadero hombre, como un machote. Uno mismo iba construyendo el perfil de masculinidad exigido sin necesidad de la presión de tener testigos que ven la debilidad o miedo ante determinados acontecimientos en los que se te exigía mostrar hombría. A veces en soledad y a modo de aproximaciones al modelo y emprendiendo pequeñas aventuras de riesgo como propósito personal.

Recuerdo una anécdota con gran satisfacción. Siempre la conté con orgullo sin reparar en lo que me llevó a ello, hoy desde mi edad puedo reconocer que todo obedecía a las presiones de una cultura patriarcal.

Ese día glorioso estaba buceando como muchos de estos días de infancia en los que todo el juego consistía en pescar o cazar cualquier animal que encontrara en la mar. Unas veces eran cangrejos en la arena, otras veces eran pulpos o una jibia, mejillones, almejas, corrucos, coquinas, centollos, nécoras, etc. En esta ocasión buceaba sólo, nadaba en la superficie mirando el fondo arenoso, buscando algo que fuera pescable. De pronto vi una tana, que así era como llamábamos en la playa al agujero donde el pulpo se resguarda en la arena, de la que sobresalía la masa informe de un pulpo. Dejé de nadar y me quedé flotando en el agua mirándolo y calculando su tamaño, porque la mayor parte de su cuerpo estaba dentro de la tana. Mis cálculos lo daban por muy grande para mi tamaño y edad. Pero al estar en una tana en la arena, y no entre rocas, pensé que seguramente podría sacarlo sin mucha dificultad. Aunque tenía reparos a causa de su tamaño, me sumergí y bajé buceando dispuesto a coger el pulpo.

Cuando llegué hasta él, dos grandes ojos se abrieron mirándome fijamente llenando casi toda la boca de la tana. Me pareció tan grande que me entró un repelús eléctrico que recorrió todo mi cuerpo. Perdí toda la compostura y huí subiendo rápido a la superficie, comencé a nadar desesperadamente para la orilla invadido por el miedo. Cuando di tres o cuatro brazadas me paré, no sin mirar antes hacia abajo, desconfiando, allí flotando con el movimiento de las piernas, reflexioné durante unos minutos.

Me costaba mucho reconocerme como un miedoso o un *cagao*, ¿qué habrían dicho mis amigos si me llegan a ver? Me costaba cargar con ello para siempre, ya tenía demasiadas experiencias negativas de este tipo.

Pero además sacar el pulpo a la playa seguro que revalorizaría mi papel de valiente y de ser "todo un hombre" entre mis amigos.

Tengo que hacerlo, me lo voy a jugar todo, si me agarra y me ahoga porque no puedo sacarlo, pues que sea así, pero no puedo permitirme más fracasos personales. Todo esto pasó por mi cabeza mientras chapoteaba. Así que volví y lo localicé de nuevo, bajé a toda velocidad y con determinación puse un pie a cada lado de la tana, y con las dos manos horadé los alrededores, conseguí sacar el pulpo pegándomelo al pecho y agarrándolo con uno de mis brazos subí a la superficie. Sin dejar de apretar con un brazo, nadé con un solo brazo y con las piernas hasta llegar a la orilla; en una carrera desesperada y lleno de ansiedad fruto de la emoción, el miedo, la satisfacción personal y el orgullo.

Al llegar a la orilla, el pulpo rodeaba mi cuello y apretaba hasta hacerme enrojecer. Mi vecina veraneante, venida de Madrid, a la que llamábamos doña Pura, me ayudó a quitarme el pulpo del cuello entre gritos y gestos de miedo y peticiones desesperadas de ayuda. Por fin me deshice de él. Rápidamente mis amigos y veraneantes curiosos se acercaron para ver, como yo, victorioso, tiraba el pulpo contra las piedras de la orilla, una y otra vez, para matarlo, dándole una paliza que según los expertos haría que el pulpo quedara blando cuando lo cocinara. De ahí la popular frase "te voy a dar la del pulpo".

Disfruté durante mis comentarios con los demás haciendo alarde de mi heroicidad sin mencionar la primera parte del miedo que me invadió. De ello alardeé durante varios días y esto a pesar de que el pulpo no era tan grande como yo lo vi debajo de agua. Algo que aprendí para siempre. Y que me ayudó a perder el miedo en el buceo. También me introdujo en la falta de respeto al peligro, a correr riesgos sólo por demostrar valentía ante los demás, ese mostrar ante los demás, es la antesala de demostrártelo a ti mismo y con el tiempo se convierte en una cadena. Requerimientos patriarcales que anteponen el riesgo, la inseguridad y peligro a la precaución y el cuidado de sí mismo.

Haciéndome un "hombre de verdad" (II). Mi primera pelea

Yo no era un niño travieso o pendenciero. Más bien gordito y bonachón, (así me veía yo, aunque repasando algunas fotos, he podido comprobar que no era tan gordito como me pensaba) con gafas desde los cuatro años, lo cual era un problema, tenía que huir de cualquier posibilidad de que se rompieran las gafas, la economía no estaba para esos imprevistos. De cualquier manera yo huía de cualquier evento violento, las clásicas peleas, tan habituales entre niños, eran para mí un suplicio porque las vivía con verdadero miedo. Los demás ya me conocían y a veces abusaban de mi falta de "valentía" y agresividad. Sin embargo, mi hermano José Luis era todo lo contrario, con dos años menos que yo estaba siempre en alguna bronca, a veces yo tenía que dar la cara por él para evitar que le pegaran y me tocaba a mí recibir los cates.

Mi padre, cansado de que llegara a casa llorando porque me habían pegado, un día decidió darme la lección de hombría que pensaba que yo estaba necesitando. Me dijo solemne y enfadado:

–Mira, Miguelín, la próxima vez que vengas a casa llorando, porque te han pegado y yo me entere de que no te has defendido, te pegaré yo y también te castigaré, así que ve espabilando.

Aquello sonó muy serio, porque cuando mi padre se enfadaba era terrible y un galletón suyo servía para no olvidarlo durante un buen tiempo. Si alguna vez "nos ganábamos" un guantazo, siempre nos lo daba con rapidez nuestra madre para evitar que lo diera mi padre. Así que me tomé muy en serio el consejo de mi padre. Y pronto llegó la ocasión de hacerle caso.

A veces nos íbamos a pescar al tubo que era uno de los desagües de aguas fecales de las casas que tenían saneamiento en la parte norte de Pedregalejo.

Allí sobre el tubo se había construido una plataforma de hormigón desde donde echábamos los anzuelos y pescábamos con caña. Entonces había mucha variedad de peces, y aunque estábamos casi en la orilla, podíamos pescar sargos, herreras, bailas, doncellas, salemas, lisas, torillos, viejas, etc.

Pero además el tubo estaba rodeado de un roqueo que albergaba una gran cantidad de animales y algas: erizos, tomates de agua, lapas, anémonas (ortiguillas en Cádiz) cangrejos, nécoras, pulpos, cañaillas (no las de Cádiz, que son para nosotros búsanos), bígaros, etc.

Buceábamos en ese roqueo para buscar pulpos y un día salió a la orilla Ramonchi, uno de los niños más mayores, gritando muy alterado, porque había visto un pulpo muy grande y no había podido sacarlo, había mareales y movido por el vaivén de las olas se arañaba con las rocas.

Rápidamente se lanzó otro de los críos más intrépidos. Yo le seguí para ver sus maniobras y localicé el pulpo. Pepillo que así se llamaba, tras intentar sacarlo de las rocas infructuosamente, también se dio por vencido, el pulpo se había hecho fuerte donde estaba. Al ver que Pepillo abandonaba, le eché valor y me acerqué a intentarlo sin mucho convencimiento de conseguirlo, tuve la suerte que el pulpo, ante mis esfuerzos para que se soltara de las rocas intentó huir. El pulpo se percató de que lo descubrí e hizo uso de su arma de defensa, me lanzó la tinta para que le perdiera la pista, pero no lo consiguió y logré atraparlo antes de que se encajara entre las rocas del fondo. A pesar de todo me hice varios cortes y arañazos con las rocas. Con el pulpo entre mis brazos me acerqué a la orilla que no estaba lejos.

Miguelín

Cuando llegué, hice lo que era costumbre entre marengos; le dí la vuelta a la capucha para exponer sus vísceras al aire para que muriera antes y le golpeé contra las piedras para ablandarlo, entonces no había congeladores en las casas y no se podía congelar que es otra forma de ablandarlo. Pepillo me exigía compartirlo con él. A mí me pareció un abuso pues además de que era uno de los niños que se peleaban con facilidad, lo planteaba con una actitud muy prepotente. Aquí se me apareció para pedirme cuentas la conciencia colectiva de masculinidad patriarcal. Esta conciencia colectiva de masculinidad patriarcal que se reforzaba por la presencia de mi hermano, mi vecino, los curiosos y sobre todo la amenaza de mi padre me hicieron mantenerme seguro en mi negativa. Me lo jugaré todo a una carta, me dije. No me salió bien y Pepillo comenzó a empujarme, incluso llegó a golpearme. A pesar de que un miedo terrible hacía temblar todo mi cuerpo, y casi se me descompone la barriga, reaccioné golpeándolo como ciego de ira, no dejé de dar puñetazos y patadas alocadamente hasta hacerlo caer al suelo, él intentaba defenderse, pero yo estaba como poseído por el diablo (al menos eso me dijeron luego) seguí golpeándolo en el suelo sin reparar en los golpes que él me daba. Sentí escobonazos en la espalda que me daba su tía mientras gritaba para que dejara de golpearle. Así lo hice mientras mi hermano y mi vecino apedreaban a la tía de Pepillo para que dejara de golpearme con la escoba. Debió ser una escena dantesca. Cogí el pulpo y salimos corriendo hacia nuestra casa.

Por supuesto no le contamos a nuestros padres lo ocurrido. Durante todo el día y durante el día siguiente estuvimos a la espera de que la tía de Pepillo se presentara en la casa para pedir explicaciones, pero no lo hizo, la verdad es que siempre me cayó muy bien esa mujer, debió entender que fueron "cosas de niños".

Aquella fue mi primera pelea, o al menos la primera en la que me defendí. Comenzó mi aprendizaje forzado por la cultura de la violencia patriarcal en la que se naturalizaba la agresividad y la confrontación física. Vinieron otras peleas en las que ya respondía con mayor facilidad. Pero durante toda mi vida he tenido que vencer en cada una de ellas, ese temblor de miedo y esa sensación de impotencia. Siempre han estado presentes, siempre recordé la frase "te tiemblan las piernas de miedo" con cada situación de violencia que he vivido..

Aprendí a vencer ese miedo y "dar la talla" lanzándome al vacío de la respuesta violenta y en las ocasiones que he logrado eludir y evitar la pelea, siempre me quedó en la conciencia el "¿qué habrán pensado de mí?" "¿habrán creído que soy un cobarde?".

Y si no quedaba ese pensamiento, la duda me quedaba para mí conciencia "¿habré sucumbido al miedo?"

Este diálogo con la conciencia patriarcal es como una losa que cuesta mucho quitarse de encima, pero sobre todo, siempre permanecen los lenguajes violentos como aquellos golpes en el pecho de los gorilas. Y ese pronto de responder confrontando ante la violencia aflora cuando menos se lo espera uno, incluso en plena senectud.

Calle Mar con el puente del ferrocarril. A la izquierda el ICET. Octubre de 1958.
Estudio Fotográfico Arenas. Archivo Histórico Fotográfico UMA

Pedrada cazando gaviotas

No sé con cuantos años me matriculé en el ICET para acabar los estudios primarios, debía rondar los 10 años. Durante años un grupo de niños de Pedregalejo hacíamos el camino desde Pedregalejo hasta el colegio que estaba y está en El Palo, ese paseó diario recorriendo las vías del tren; "la cochinita" que le llamábamos, apenas tenía dos kilómetros, pero era precioso, o al menos así nos parecía a nosotros. Recorríamos las vías del tren flanqueados por la derecha e izquierda por casas dispersas y descampados y huertas. La naturaleza se abría con todo su esplendor generosamente a nuestras percepciones, a pesar de no tener ninguna conciencia ecológica. Y entre las risas, disputas de chavales y conversaciones en torno a las sorpresas que nos ofrecía el camino se compensaba el tedio y aburrimiento con el que vivíamos el colegio.

Las sorpresas fruto de nuestras observaciones y conversaciones eran sorprendentes, algunas casi mágicas: el apareamiento en vuelo de las mariposas. El gigantesco salto del saltamontes con sus musculosas y aserradas patas traseras. La sigilosa rapidez de las lagartijas y el esperpéntico movimiento compulsivo de su cola cuando quedaba arrancada del cuerpo. El robótico caminar del escarabajo. La capacidad ilimitada de camuflaje del camaleón con su sobredimensionada lengua cazadora. El fresco y amargo sabor de las vinagretas. Las agujillas de un cereal parecido a la avena, que nos facilitaban guerritas pacíficas en las que nadie salía dañado, como mucho con el jersey lleno de agujillas. O los relojitos que se enroscaban en un movimiento en espiral que, con el que llamaba mucho nuestra atención y nos marcaba un tiempo concreto para competir en alguna destreza. Los mil cantos de pajarillos que coloreaban sobre nuestras cabezas el camino. La noble compañía de los perros que no eran de nadie y a la vez eran de todos. El dulzor de los dátiles hurtados en una furtiva entrada en el jardín de algún caserón de ricos. Los miedos y cuidados desmedidos con culebras, alacranes y ciempiés. Cada animal, cada planta, cada trozo de terreno nos ofrecía habilidades e inalcanzables destrezas, para nosotros los humanos: nuestros cinco sentidos quedaban empobrecidos junto a los

de los animales y las destrezas de la vida animal y vegetal en general. Soñar con esas destrezas, para nosotros proezas, era soñar con los superpoderes de los superhéroes de cómic, pero también nos retaba a abrir la mente a un mundo de lo imposible, a la creatividad, el misterio la incertidumbre y el más allá de lo previsible, el estar a la espera de lo que podrá o no podrá ser. Explorar o simplemente observar la naturaleza nos abría la mente y nos incitaba a desarrollar la imaginación y la apertura a lo impensable que se podía hacer realidad.

Estas experiencias, pensamientos y emociones pasaban inadvertidas entonces, como si no existieran como patrimonio del conocimiento experiencial. Ahora con el paso de los años reconozco su inmenso valor y cómo me enriquecieron sintiéndome un privilegiado en cierto modo.

Entre conversaciones y lo que nos ofrecía el camino, jugando, nos dirigíamos hacia "el templo del saber" que era más una fábrica que una la escuela: recintos cerrados con llaves y candados, sirenas para avisar de salidas, entradas, cambios de clase, etc. Todo rodeado de muros y barandillas, como una cárcel. Siempre sentados individualmente, separados, en silencio y siempre mirando de reojo por si te venía un tortazo para espabilarte y quitarte las ensoñaciones que te distraían en clase.

Pero al llegar el recreo, volvía la alegría, la explosiva felicidad experimentando diferentes grados de libertad que se te negaban en el aula. Una sirena nos daba el aviso y salíamos despavoridos a la calle. El patio de recreo en aquellos años era la calle y a la vez era la playa, tras atravesar tres metros de calle terriza pisábamos la arena. Tirábamos piedras planas al agua para hacer saltos de rana y también probábamos puntería apedreando gaviotas desde el tubo de Casa Pedro, que era un tubo de desagües que estaba junto al restaurante que entonces era muy famoso en Málaga.

Nos subíamos en el extremo del tubo donde habitualmente había gente pescando con caña y desde allí lanzábamos mortales pedradas a las gaviotas que revoloteaban en torno al caño de aguas residuales que salía del tubo y que atraía a los peces que trataban de coger las gaviotas. No teníamos entonces ninguna conciencia animalista y aunque amábamos la naturaleza con toda su biodiversidad, lo hacíamos desde la absurda y equivocada creencia de que éramos los poseedores de todo y que teníamos derecho a servirnos de todo sin ningún límite; igual que el maltratador con su pareja, puro egoísmo depredador. El dolor o la misma vida de los animales no suponían ningún inconveniente para nuestras acciones que se entendían como naturales.

Estábamos acostumbrados a ver matar pollos conejos, peces, gallinas, cabras, cerdos, para comer y con ello se había matado nuestra sensibilidad y capacidad para conmovernos o indignarnos por ello. Estábamos tan alejados de esa sensibilidad y empatía con los animales, que podíamos matarlos a pedradas para probar puntería por diversión.

Una mañana durante uno de esos recreos, una pedrada se cruzó y vino a dar en mi cabeza. Sentí fuerte el impacto pero no sentí mucho dolor. Noté el fluir caliente de la sangre que me cegaba y tapizaba completamente mis gafas. Sonó la sirena y nada más entrar en el patio, alguien me cogió del brazo alarmado por la sangre, y me llevó a un cuartito en la primera planta, en el que nunca había estado y del que desconocía su existencia. Era una miniclínica, donde un cura que nunca había visto antes, me curó y me envió de nuevo a clase.

Por supuesto que llegué tarde, pegué en la puerta, abrí, entré pidiendo permiso y mostrando el pañuelo empapado en sangre a modo de disculpa por mí retraso; un chorreón de sangre cayó del pañuelo al suelo y no pude terminar mi disculpa. Rápidamente el maestro sin levantarse de su silla comenzó a gritarme y reprocharme que además de llegar tarde, manchaba el suelo de sangre. Me castigó de pie mirando la pared en el fondo de la clase y envió al delegado de clase para que trajera una fregona con la que fregué el suelo antes de cumplir el castigo. Permanecí callado el resto de la clase.

Aquello fue una verdadera clase de sensibilidad y empatía que nos dio el maestro. A pesar de sentir la injusticia, tampoco yo pensé en cómo se sentían las gaviotas.

El Tubo. Acuarela, técnica mixta. 21 x 30 cm. 1998

Toa la mierda *pa* la *ma*

De esa primera infancia mía guardo recuerdos que son tesoros por las emociones que las acompañan, estas emociones son los pilares que los sostienen en la memoria.

Apenas varias imágenes que como fotogramas de una película ponen orden y sentido a un relato, pero lo que la sostiene en el almacén de los recuerdos son las sensaciones, los sentimientos y emociones que sentí y que vuelven a mí cuando relato esa historia.

Tanto Pedregalejo como El Palo eran y aún hoy se consideran barriadas de pescadores que surgieron como núcleos piratas en la tierra de la mar; en sus orillas primero fueron casetas de enseres de pesca que servían para guardar redes y otros enseres de los jabegotes y a fuerza de ir quedándose a dormir para evitar que se las robaran, poco a poco fueron acondicionando la caseta o chabola hasta convertirla en casa. Una separada de otra por un estrecho callejón que permitía el paso de las olas cuando había temporal, así se producían menos daños a las improvisadas casas, pero estas casas en terreno robado al mar no tenían ningún servicio del tipo agua, electricidad, saneamiento, etc.

Estas han sido durante siempre las barriadas más pobres de Málaga..

Cuando yo era niño, en Pedregalejo y El Palo las casas ya tenían agua y luz, pero no tenían saneamiento, las mejores tenían un pozo ciego y ese era el caso de mi casa.

Cada cierto tiempo el pozo se llenaba y había que vaciarlo ¿dónde creéis que se echaban los residuos? ... Sí, efectivamente en la mar.

Al menos en una ocasión, que es la que recuerdo, ayudé a mi padre a vaciar el pozo. Recuerdo que al pie del muro de mi casa que daba a la playa estaba el pozo del que yo no sabía nada. Hasta que un día, supongo que de otoño o de invierno, porque no era época de bañarse; al atardecer, mi padre abrió el pozo que estaba cerrado con obra de ladrillos y mezcla (así se cerraría de nuevo) una vez abierto, se metió dentro y comenzó a sacar cubos de mierda que se tiraban a la mar. Yo participé como uno más, recuerdo que nunca había olido tan mal, pero aquello no me echaba para atrás, me invadía un sentimiento de empatía con mi padre y un orgullo de responsabilidad, que me hacía normalizar, como hacían todos, esta tarea. Con gran esfuerzo llevaba uno de los cubos más

pequeños, me metía en el agua hasta los muslos y vaciaba el cubo de mierda en la mar. Cada vez que he tenido que arreglar un atoro en una casa que tuve en el campo hasta hace muy poco, recordaba aquella experiencia y no me daba nada de asco hacerlo, incluso me sentía reconfortado por no haber perdido mis primeros aprendizajes de clase (clase social, claro).

Recuerdo aquello con sensaciones contradictorias. Por un lado, que hacíamos algo que no había que contar o difundir; mi padre hablaba bajito y daba órdenes rápidas y contundentes: "venga, rápido, tíralo y vuelve". Por otro lado, el trato era de refuerzo y reconocimiento por mi esfuerzo y disciplina para el trabajo, aunque yo debía ser muy niño y lo sentía también como un juego. "Muy bien Miguelín". "No te toques la cara con las manos...". "Qué fuerte y bueno eres".

El trabajo de los niños no se veía como hoy, considerado explotación infantil. Todo era medio juego y medio responsabilidad, obediencia y madurez.

Así vivió mi padre el trabajo desde que comenzó a los cinco años. Aunque para él fue como algo que cayó como una losa, para quedarse durante toda su vida, para mí era algo esporádico, un pequeño trabajo como otros que surgían de vez en cuando como ir a por agua a la fuente, ir a la tienda "ve a por mortadela de la Adela" (nunca se me olvidará esto que suena a música), o cuidar de la niña chica "que no se caiga... que no se pegue con nada".

Todas estas tareas y otras desde los 7 u 8 años no se vivían como trabajo, sino como una necesidad vital para que la familia saliera adelante. Era el trabajo cooperativo y la corresponsabilidad (aunque no de género).

Hoy me preocupa que tirar la mierda a la mar, no pareciese ni parecía entonces muy cuidadoso con la naturaleza, pero así eran los barrios pobres, en los que el ayuntamiento no gastaba nada. Impuestos sí, pero inversiones en mejoras de los servicios ningunas.

Al fin y al cabo mis padres y vecinos de la playa hacían lo mismo que las casas y los chalets de la zona norte del barrio, solo que ellos, sin mancharse las manos enviaban la mierda por tubos soterrados que desembocaban en la orilla de la mar, sin depuradoras ni ninguna protección. Tubos donde nos reuníamos los niños y niñas a jugar, bañarnos y pescar con nuestras cañas.

Así un día sí y otro también, en verano, nos bañábamos en la mar y al ir entrando en ella, recuerdo los movimientos en círculo de los brazos peinando el agua con las manos para apartar los zurullos o cagajones que flotaban por doquier.

Con todo y ello parece que ahora, sin que podamos verlo tenemos las aguas más contaminadas por otros productos químicos más peligrosos para la salud y la biodiversidad. Poco hemos avanzado con tanto desarrollismo (se entiende que el avance es sólo en las cuentas corrientes de los ricos).

No creáis que esta historia del pozo nos muestra descuido o irresponsabilidad por parte de nuestros padres y madres; simplemente eran necesidad e impotencia ante el abandono de las autoridades locales, los barrios de trabajadores nunca contaron con el apoyo de las instituciones.

Había vecinos y vecinas que ni siquiera tenían pozo ciego en sus casas.

Recuerdo una ocasión, en la que, no tengo claro, si las imágenes archivadas en mi memoria son reales o las fabriqué para completar la experiencia vivida, tal vez las fabriqué porque fueron sugeridas por las conversaciones y gritos oídos antes de que mi padre entrara en casa muy alterado por lo ocurrido.

Yo me encontraba en casa porque era de noche. De pronto oigo a mi padre gritar y mi madre salir por la puerta del callejón que daba a la playa llamando a mi padre y requiriendo su vuelta a casa.

–Hijo puta, sinvergüenza, vete a cagar al rebalaje –gritaba mi padre.

–Venga, *Migué*, déjalo ya, entra *paentro* –secundaba mi madre.

Mi padre haciendo ademanes agresivos con un palo en la mano seguía gritando:

–No te da vergüenza cagarte al pie del muro de la casa, donde mis hijos y los tuyos van a jugar mañana.

"Como te pille otra vez te parto el palo en la espalda, hijo de puta.

De nuevo mi madre conciliadora y temerosa de cómo podía acabar aquella historia, requería a mi padre para que entrara en la casa y se calmara.

Lo ví de entrar, me crucé con él y ya no recuerdo si lo ví o lo imaginé; uno de los vecinos con el pantalón medio bajado, andando rápido y torpemente hacia el rebalaje donde seguramente acabaría de hacer sus necesidades.

Siesta con tebeos

Los días de calor bochornoso o de terral, no salíamos a la calle por la tarde y nos quedábamos en casa hasta la hora de la cena. Mi madre tendía una colcha en el pasillo, que era el lugar más fresco de la casa. En esa colcha mis hermanos y yo siempre echábamos una siesta antes de salir a la calle a jugar un rato,

El día que no salíamos sacábamos algunos juguetes y tebeos. De estos tebeos tengo recuerdos muy felices, cuando me acuerdo de ellos me invade un bienestar gozoso que me llena. Los coleccionaba y los cambiaba con los de mis amigos cuando ya los había leído. Tenía tantos que a veces ponía una tienda improvisada en una pequeña acera de cemento que había al pie de la fachada principal de mi casa, junto a la puerta de entrada; barría la acera y colocaba mimosamente todos los tebeos con una piedra en lo alto para que no se volaran, los amigos venían y compraban o me cambiaban los que ya habían leído. Yo me compraba otros nuevos con el dinero conseguido. Esto de las tiendas infantiles era algo habitual en el barrio, con todo tipo de cosas y juguetes que intercambiábamos entre nosotros.

Estos ratos y los juegos con los trompos, las canicas, los ladrillitos con estampitas de jugadores de fútbol, etc. llenaban nuestras tardes de horas mágicas y felices.

Un ansia placentera, mezclada con impaciencia por estos encuentros con los amigos, hacía que los días pasaran rápido y plenos de emociones positivas y ganas de vivir.

Nuestra infancia fue muy feliz; la libertad que teníamos al permanecer mucho tiempo jugando entre iguales al aire libre y sin el control físico del adulto, nos permitía desarrollar unas relaciones más amplias y profundas entre nosotros, explorar y aprender más del entorno.

La penuria económica de nuestras familias trabajadoras no permitía el consumo de muchos juguetes y el consumismo del mercado capitalista tampoco ejercía una presión fuerte sobre niños, niñas y familias, por lo que los juegos y juguetes, en su mayoría, eran obra o resultado de un ejercicio de desarrollo de la creatividad y el reciclaje o reutilización de infinidad de objetos. Construíamos patinetas con unas tablas y cojinetes. Y todo tipo de artilugios como volaeras, dardos hechos con hilo de coser, alfileres, palillos de dientes y cartulinas. Espadas hechas con la parte carnosa de las hojas de las palmeras, aparejos de pesca, etc. La emoción que sentíamos con el uso de uno de estos juguetes y sobre todo durante su construcción era más que apasionante.

No quiero comparar esta infancia con la de los niños y niñas actuales, porque no sabemos bien la gravedad de las secuelas que dejó en nosotros la sórdida moral sexual y los sesgos sexistas de la religión y la educación dictatorial de ciega obediencia a la autoridad, fuera quien fuera la autoridad. Pero esos aspectos que mencioné antes; libertad, relación con el entorno y el ser partícipes activos en la construcción de juegos y juguetes son mucho más satisfactorios y realizadores que las actuales, me da pena la situación que hoy vive la infancia con tanta dependencia de los aparatos que absorben su atención durante horas sentados, sin conectar con la realidad.

Rodajas de cachalote

Esto de que apareciera un pez grande por la playa no era raro entonces. Habitualmente veíamos bandadas de delfines desde la orilla. Cuando había un temporal grande, aparecían mareados y débiles atunes y otros peces poco habituales como un pez luna que llamó mucho nuestra atención.

La riqueza biológica era inmensa. Recuerdo que un día se sacó un copo en el que sacaron muchas cajas de sardinas.Tuvieron que rajar el copo para dejar que se fuera parte de la carga y poder salvar así el arte y la mayor parte de la captura

Cuando los jabegotes sacaban un copo como ese, toda la gente que había por la playa (no había turistas ni bañistas como ahora) echaba una mano, unos llevaban sus trallas y otros tirábamos del copo con las manos, hasta los niños. Recuerdo un día en el que yo me acerqué a ayudar y como a los demás me dieron una garfá de pescado que era un puñado con las dos manos abiertas y juntas para que cupiera más pescado. Llegué a casa con un cubito lleno de boquerones. Mi madre me besó orgullosa, aunque en mi casa nunca se me animó a ayudar en los copos que se sacaban. Nunca faltó comida en mi casa aunque éramos una familia modesta y trabajadora. Pero supongo que ya interpretó mi madre que de mayor "me sabría buscar la vida ".

Unos cuantos de esos boquerones quedaron para mí, para usarlos como carnada y poder ir a pescar con caña al tubo del llano, donde nos encontrábamos a veces para pescar, y de ahí el beso del orgullo.

El tubo era un desagüe que vertía al mar las aguas residuales de las casas de la carretera y los chalet de Pedregalejo. Había muchos de estos tubos a lo largo de la playa. Este al que llamábamos "del llano" porque estaba junto a un llano donde a veces jugábamos al fútbol era el más cercano a mi casa.

Las casas de la playa no tenían saneamiento, como mucho tenían solo algunas, un pozo ciego que había que vaciar cada cierto tiempo.

Y volviendo a la pesca con caña en el tubo. Recuerdo que cuando teníamos carnada tan fresca como los boquerones recién pescados, nos entreteníamos comiendo algunos de estos boquerones crudos, mordisquito a mordisquito, como si no quisiéramos que se notara la merma de carnada. Entonces no existía el anisakis, o al menos nosotros no lo sabíamos.

Las vías del tren de la Cochinita a la altura del cementerio de El Palo. Noviembre de 1959. Estudio Fotográfico Arenas. Archivo Histórico Fotográfico UMA

Ir a pescar con caña era un reto para mi. Se presentaban muchos nuevos aprendizajes, que con el hábito se convertían en destrezas, casi la antesala de la profesión de pescador: empatillar anzuelos y poteras, escoger el lugar donde echar el anzuelo, colocar el hilo y la carnada. Coger el pez y sacarle el anzuelo de la boca, diferenciar los peces antes de cogerlos, porque algunos eran peligrosos como la araña o el rascacio. Otros eran parecidos pero podían no ser comestibles como ocurría con el torillo y la vieja.

Todos estos aprendizajes eran nuestros juegos, no jugábamos para aprender a ganarnos la vida en el futuro, como se nos decía que servía la escuela, eran juegos para disfrutar el presente, ese era nuestro interés.

Pero bueno, todavía no he aterrizado en el título de este relato. Vamos a ello.

Cierto día, como aquel que narré sobre el marrajo, apareció en la playa un cachalote de 6 metros, pero en esta ocasión sí que estaba muerto. Aquello fue un acontecimiento que provocó la visita hasta de la prensa, porque salió en los periódicos, o al menos eso decían, porque nosotros no usábamos el periódico, nada más que para liar algún alimento y eran periódicos que llegaban a la casa ya pasados de fecha y no para ser leídos, en mi casa las únicas lecturas eran las que llevábamos del colegio mis hermanos y yo y también las novelas de Estefanía (novelas del oeste) que leía mi padre.

A los dos días, el olor pestilente del cachalote llenaba toda la playa y amenazaba con transmitir alguna enfermedad a los animales que se acercaban a él: perros, gatos, paínos, pavanas, etc. Así que apareció por allí un equipo oficial de alguna entidad y lo troceó en rodajas como si fuera una merluza. Después le prendió fuego y retiró de la playa los restos que quedaron.

Aquél acontecimiento dio mucho que hablar. Surgieron infinidad de hipótesis sobre los motivos de su muerte. Pero entonces no se producían, como ocurre ahora, suicidios colectivos de estos animales. El acoso y estrés que el ser humano ejercía sobre ellos no debía ser todavía tan extremo e insoportable. Cuando yo entraba en el agua con mi taza de colacao en la mano y el agua estaba clara, podía ver en torno a mis pies y tobillos banquitos de sargos, salemas, herreras y otros macucos. Hoy ni alejándome de la orilla puedo verlos. Las calas entre los espigones construidos en el paseo marítimo se han convertido en un desierto de arena, con pequeñas dunas creadas por el suave mecido de microolas que peinan la playa, sin ninguna vida en sus aguas.

En aquellos años no se percibía que estábamos poniendo en peligro la naturaleza, nuestras acciones no eran tomadas como abusos o sobreexplotación de los recursos. La prepotencia expoliadora del ser humano se producía más a través de flotas pesqueras, que en la vida cotidiana en las playas. El trato que dábamos a los animales y sus entornos naturales no los veíamos como falta de respeto con el planeta y con la biodiversidad y a sus ecosistemas como algo que debíamos proteger. En las escuelas tampoco se nos hablaba de ello.

Los temporales

Gozábamos todavía del contacto y la cercanía con esa biodiversidad, aunque nuestros hábitos y relaciones con ella eran de ignorancia y prepotencia, como si estuviéramos por encima de todo, sin pertenecer al todo natural. La naturaleza estaba para servirnos sin ninguna condición ni norma, no habíamos aprendido a relacionarnos con ella de manera equilibrada y cuidadosa. En otro relato me extenderé en esto.

Carlitos el veraneante

Las advertencias de mi padre de que me defendiera ante las agresiones de los demás, junto con el carácter impulsivo que tengo y que siempre me costó trabajo controlar, a veces me han jugado malas pasadas y han puesto en apuros a mis padres.

Con la llegada del verano disfrutábamos de la compañía de los veraneantes que alquilaban casas de la playa y pasaban allí la época de los baños.

Una de estas casas de primera línea de playa, tenía una gran terraza que daba al mar casi como una península que se metía en la arena de la playa; en invierno con la casa cerrada y las olas dando en la pared principal de esta terraza, nos metíamos en ella sorteando la llegada embravecida de las olas y jugábamos a burlarlas sin que llegaran a mojarnos, cosa que era difícil de manera que siempre acabábamos chorreando. Y en eso estaba la gracia que hacía este juego tan divertido.

Pues bien un verano esta casa con su terraza fue alquilada por una familia de Madrid. Siempre tuvimos cierto complejo de inferioridad con los de Madrid por su hablar finolis; este complejo tornaba a veces en orgullo frente a ellos.

Al pasar yo por la parte de la playa que había delante de la terraza, inesperadamente sentí un impacto en la cabeza, no me lo podía creer, sin venir a cuento Carlitos me había tirado una piedra. No fue muy fuerte, pero en esa ocasión afloró esa furia irreflexiva e impulsiva de mi carácter y sin mediar palabras, subí los peldaños de las escaleras de acceso y le di un puñetazo a Carlitos delante de todos sus familiares, aunque apenas me di cuenta de lo que hacía y de que estaban todos allí. Al ver la gravedad de mi actitud, de nuevo salí corriendo.

La visita de sus padres a mi casa no se hizo esperar. Hablaron muy enfadados a mi madre recriminándole la educación que le estaba dando por lo asalvajado de mi actitud.

Cuando se fueron, por mucho que le expliqué a mi madre que Carlitos me dio una pedrada no se puso de mi parte y me advirtió que tendría que decírselo a mi padre. Eso eran palabras mayores, le temía más a eso que a los castigos habituales que ella me solía imponer cuando me portaba mal; que dicho sea de paso eran muy pocas veces, yo era un niño *mu güeno*.

Cuando llegó mi padre y recibió la información de boca de mi madre, sin decir nada, me cogió de la mano y con paso rápido y decidido, casi arrastrándome, se dirigió a la casa de Carlitos.

Mis padres tenían fama en el barrio de ser gente muy seria, educada, afable, honesta y justa, preocupada por la educación de sus hijos; en definitiva buenos vecinos, así que pensé que íbamos a dar la talla en este sentido y mi padre como cabeza de familia, "el hombre", iría a disculparse.

Llegamos a la terraza donde todos estaban con sus sombrillas, sillas, mesas y refrescos. Tras pedir permiso para entrar, mi padre subió los escalones de acceso y una vez en la terraza se disculpó por mi actitud tal y como había acordado con mi madre, para rematar el ritual y con actitud nerviosa mezclada con enfado, me dio tal tortazo en el culo que volé por encima de la pequeña balaustrada de la terraza, para caer en la arena de la playa, donde para colmo se rompieron mis gafas. Me levanté, miré hacia arriba llorando y contemplé otra escena que no se me olvidará jamás. Mi padre a la vez que justo era muy orgulloso, a pesar de ser casi analfabeto y no haber hecho en su vida otra cosa que trabajar como un animal, no soportaba que nadie lo humillara. Mi caída provocó la risa de Carlitos y una sonrisa de cínica satisfacción en su familia. Ante esta reacción, mi padre se dirigió al padre de Carlitos y le dijo:

–Ya pagó mi hijo su culpa, pero la próxima vez que su hijo le dé una pedrada al mío y él se la devuelva, como usted venga a protestar a mi casa, el guantazo se lo daré yo a usted, que quede claro.

Tal ira llevaban sus palabras que todos quedaron callados. Y dicho esto, bajó, me cogió de la

mano y volvimos a mi casa con las mismas prisas y sin decir palabra. Creo que ese carácter impulsivo lo heredé de mi padre.

A pesar de ese carácter impulsivo y podríamos decir que violento, mi padre era una persona tierna, y sensible, con buen sentido del humor; sus payasadas, chistes y gracietas, no las podía evitar y las practicaba y compartía con todos, pero la ternura y sensibilidad las ocultaba reprimiéndolas todo lo que podía. Ese perfil era contrario al de la hombría siempre disciplinada de dureza y rectitud que tuvo que aprender desde niño.

Recuerdo su mejor perfil cuando al llegar al barrio conduciendo el camión con el que trabajaba, paraba junto al arroyo de Los Pilones, para dejar que mis amigos y yo nos subiéramos en el cajón para disfrutar del paseo hasta llegar al lugar donde cada día lo dejaba aparcado frente a mi casa. Él mostraba su cara más alegre y feliz y nosotros gritábamos y reíamos saltando y llamando la atención de todo el barrio a nuestro paso, felices hasta el estallido de las lágrimas.

Cazando ratas

He tenido la suerte de nacer entre dos entornos naturales distintos: la mar y el campo. Mi madre nació y se crió en el mundo de la mar y mi padre en el del campo. Ambos me aportaron distintas posibilidades de desarrollo en la medida en que siempre estuve en contacto con ambos mundos de alguna manera. Aunque yo nací y me crié en la playa, siempre estuve en contacto con el campo a través de mi padre. Mi padre comenzó a trabajar en el campo a los cinco años, como casi todos los niños de aquella época y de la misma clase social trabajadora, eran tareas concretas, pero ya con el peso de la responsabilidad de trabajo como aportación a la economía familiar, vivió del campo y de las cabras en los primeros años de su matrimonio, yo no me acuerdo de las cabras. Después dejó las cabras y pasó a ser carrero, con un par de mulas y un carro transportaba materiales de construcción para un constructor que después le propuso hacerse conductor del camión que compró. De camionero acabó su vida laboral. Le quedó una jubilación "de mierda", podría haber dicho "de miseria", pero prefiero decir "de mierda" para ser más realista. A pesar de estar trabajando toda su vida, desde los cinco años, este sistema después de jubilarse le obligó a seguir trabajando de jardinero para completar su paga y poder subsistir con algo de dignidad. Al final de su vida vuelve a sus orígenes y vuelve a trabajar con las plantas. Durante toda su vida mantuvo una relación con sus hermanos, sobre todo con los que vivían en el campo, así que de vez en cuando traía a casa algún conejo o una gallina o algunas hortalizas, y de vez en cuando yo le acompañaba en sus visitas.

Tengo una en la memoria que no se me olvidará.

Mi tío Victoriano vivía en "la celda" unas tierras que tenía arrendadas mi abuelo a cambio de cuidarlas y que supongo que mis tíos habían heredado con la misma fórmula. Era una zona con huertas que estaban junto al arroyo Jaboneros, cerca del "hospital de los locos". Recuerdo aquello como un lugar con pocas comodidades, pero a la vez como un paraíso natural siempre verde, fresco y frondoso con algunos frutales. Especial recuerdo tengo de la acequia hecha con piedras que pasaba junto a las cuevas en las que vivían mis tíos y que siempre llevaba un caudal de agua estable, cristalina y fresca.

Estas cuevas donde vivían estaban separadas formando un ángulo recto, una era la vivienda de mis tíos con varios arreglos de tabiquería para separar las habitaciones y la otra era usada como corraleta donde criaban varios cerdos.

Un día acompañé a mi padre para ayudar a mi tío a limpiar la corraleta de ratas, porque habían matado algunas crías de cerdo. Primero sacaron todos los cerdos y los ataron en las cercanías, mi tío se metió en la corraleta removiendo los restos del suelo y formando mucho jaleo, cuando las

ratas salían saltando, mi padre que se había enfundado dos guantes de soldador, las recibía en el aire como a pelotas en un frontón, la ratas se estrellaban contra la pared rocosa de la cueva. Yo mientras permanecía al margen y si alguna de las ratas quedaba viva, rápidamente me acercaba yo para rematarlas con un palo.

Aquella cacería de ratas hizo que yo le perdiera el asco y el miedo a las ratas. Y esta no fue la única cacería de ratas. Muchos años después me vi en otra matanza de ratas, y esta vez como parte del trabajo por el que estaba contratado como peón de albañil.

Recién acabado magisterio, había estado trabajando durante el verano en el merendero El Tintero y al acabar los meses buenos para la hostelería en Málaga, encontré un trabajo de peón de albañil que me serviría para vivir mientras encontraba la forma de prepararme para presentarme a las oposiciones de Magisterio.

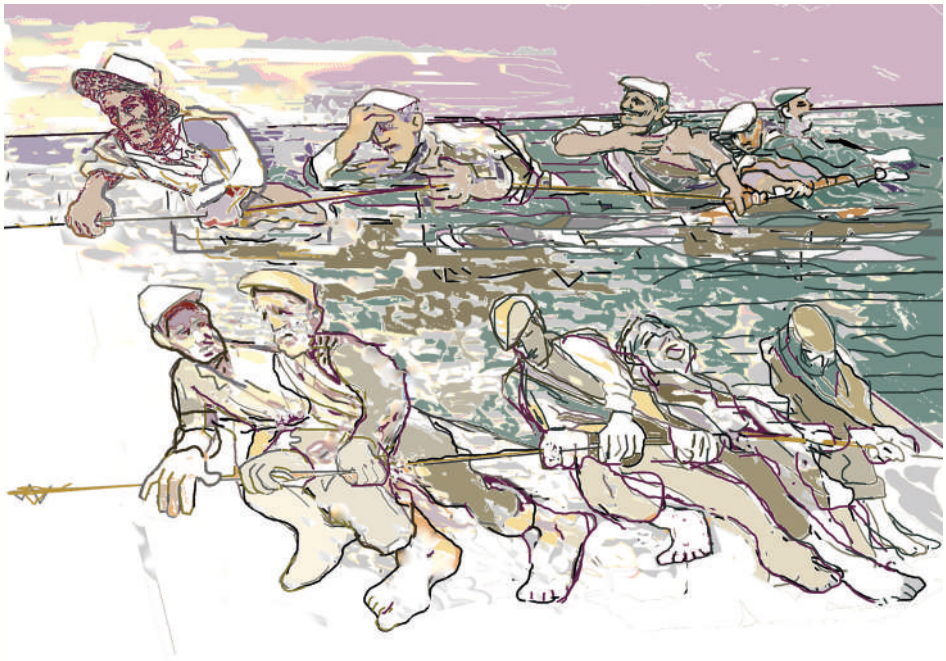
El inicio de la construcción en la que me empleé era limpiar el solar donde se construiría el edificio.

Me vi entonces en la misma situación que cuando, a los 11 o 12 años estuve ayudando a limpiar la cueva de mis tíos.

Ya tenía 24 o 25 años y ningún miedo a las ratas. Mientras que una máquina movía el matorral y los escombros acumulados en el solar, 4 o 5 obreros con botas, un mono cerrado hasta el cuello y el mango de una pala, perseguíamos las ratas que salían hasta acabar con ellas a golpes.

Todo iba bien hasta que a mitad de la jornada acorralé contra la pared, en un ángulo del solar a una rata tan grande como un conejo. Cuando llegó al rincón trató de subir y al no conseguirlo, se volvió hacia mí durante unos instantes me miró fijamente y saltó con tan potente salto que si no soy rápido al retirarme me muerde a la altura del vientre.

Recuerdo aquello casi como si se produjera a cámara lenta. Vi sus ojos y boca mostrando ira, desesperación y agresividad, ese salto que yo vi ralentizado hizo que un sudor frío cubriera mi nuca y espalda. Cuando me repuse al esquivar el ataque, que para ella era un acto defensa, me temblaban las piernas, hice un ademán de seguirla, pero me quedé petrificado de miedo y preferí dejarla ir. Me repuse y volví a la tarea sin contárselo a ningún compañero. Seguramente pensé que mi "hombría" quedaría en entredicho si lo hacía.



Copo. Lápiz digital, técnica mixta. 400 x 650 cm. 2023

Miguel López Castro

Cuidadín con la morena

A veces tenía la suerte de acompañar a mi padre y mi tío Rafael a pescar con caña en un bote pequeño.

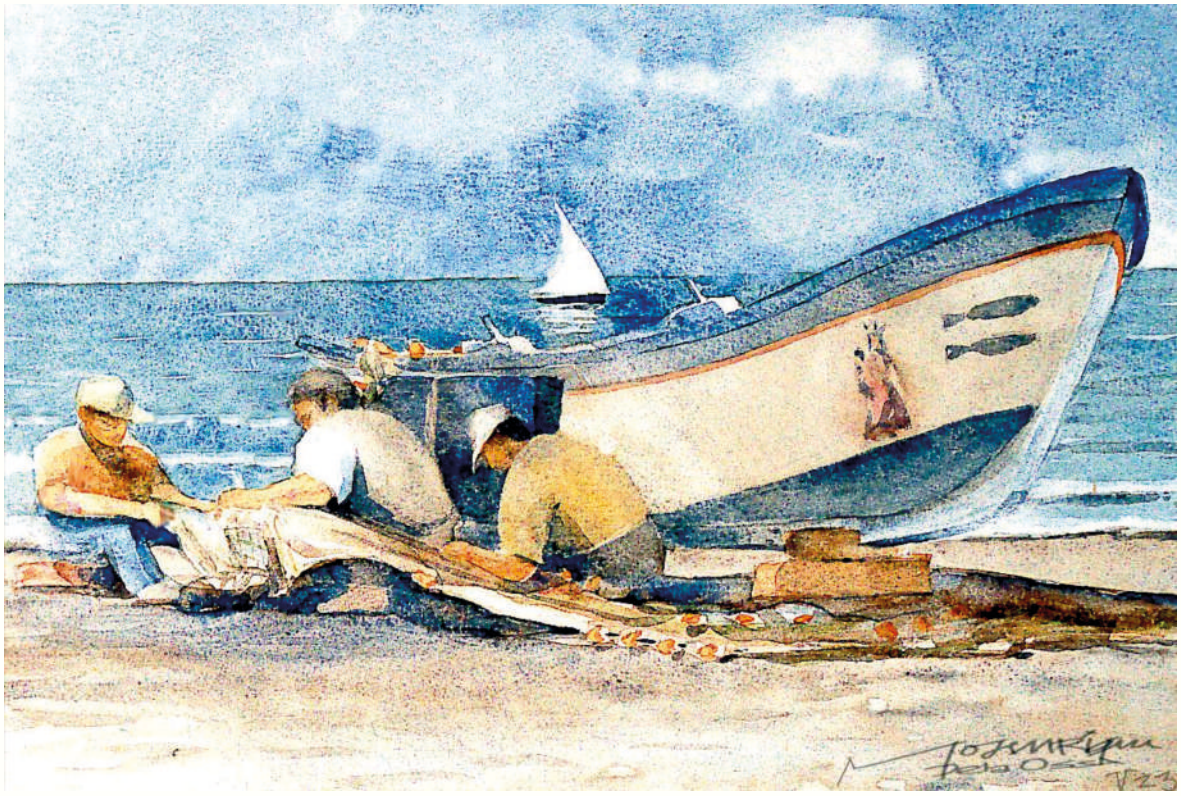
En una ocasión fuimos al roqueo de la desembocadura del arroyo Jaboneros. Aquel lugar era un paraíso ecológico. Había una biodiversidad riquísima que se podía disfrutar desde las primeras rocas que existían desde la misma orilla. Con el bote nos alejábamos apenas 100 o 200 metros y allí echábamos el hilo con las cañas esperando llenar pronto el cubo de sargos, herreras y robalos.

El agua allí era tan transparente que se veía el fondo perfectamente con toda su riqueza y estética biológica. Cuando todavía no habíamos pescado nada nos topamos con una gran morena que llegó a romper dos veces el hilo de pescar; que no era suficientemente fuerte para su fuerza y peso. Veíamos como se retorcía en el fondo amenazando con su peligrosa dentadura. Al poco vimos como se acercaba un buzo (así le llamábamos entonces) de estos veraneantes que se vestían entero con el traje de neopreno y su escopeta de arpones.

Al verlo acercarse mi padre y mi tío comenzaron a gritarle advirtiéndole de que no se acercara.

–Cuidado, no se acerque, bajo el bote hay una morena con mu mala leche –además se entendía que si se acercaba a un bote desde donde se estaba pescando con caña espantaría la pesca, era una cuestión, también de educación.

Este debía ser uno de estos veraneantes que se creían con todos los derechos y ninguna obligación así que no hizo caso y se sumergió en su busca. El agua estaba tan transparente que vimos perfectamente la escena: se acercó hasta llegar a disparar su arpón que como era lógico erró el tiro, pues la morena además de ser un pez muy escurridizo, no paraba de moverse frenéticamente. Al



Sotarrajes El Pena. Acuarela, técnica mixta. 21 x 36 cm. 1990

sentir el arponazo cercano y percibiendo aquello como la invasión de su espacio vital, se lanzó con la boca abierta hacia el inconsciente buceador. La dentellada se quedó a centímetros de él. Su terror fue tal que soltó la escopeta y nadó desesperadamente hacia el bote. Mi padre y mi tío ayudaron a subirse a la cubierta mientras le recriminaban su imprudencia e irresponsabilidad:

–Mira que te advertimos, ¿eres tonto o qué?, ya nos jodiste el día de pesca.

Así con todo tipo de comentarios de enfado, mientras remaban, siguieron recriminándole su imprudencia y falta de respeto por ellos, hasta que lo dejaron en la orilla. Una vez desembarcado finalizaron su perorata, recomendándole que no volviera a por la escopeta hasta un par de días, cuando ya no esté por allí la morena.

Allí quedó en la orilla, calladito y amarillo del susto.

Aquél día aprendí que con las morenas no se juega.

La relación con las niñas

Siempre sentí empatía y simpatía por las niñas y las mujeres. Siempre me llevé bien con ellas, hoy sigue siendo así, y de todos los frentes de preocupación social, de lucha y de impugnación política que hoy mantengo vivos, el del feminismo es con el que más me identifico y en el que más creo como utopía liberadora. Sin embargo, es también en relación con ellas que tengo mi mayor dolor enquistado en el alma desde mi infancia.

Es un misterio como desaparecieron de mi memoria las caras y los nombres de las niñas con las que jugué en mi infancia.

Yo debí ser un niño especial, algo raro e inconformista diría yo, pero sin ser contestatario. Entonces yo era un niño que no daba problemas a mis padres, incluso diría que era un niño bueno tirando a "tonto". No provocaba trifulcas o broncas, las eludía y prefería ambientes amables y pacíficos. Ese ambiente era más fácil encontrar entre las niñas que entre los niños. Era poco habitual que un niño se relacionara en sus juegos de manera normalizada con las niñas. Yo era muy payasete, contaba chistes, hacía imitaciones, y mostraba destrezas que hacían gracia como: mover las orejas, dar volteretas en la arena de la playa o al tirarme al agua, o cosas así. El hecho es que pasaba mucho tiempo feliz con las niñas y ellas también lo pasaban bien conmigo, eso hizo que yo creciera con una crítica siempre presente, en voz baja, pero siempre presente era ¿un mariquita, una nenaza? Esas críticas pocas veces hechas explícitas, pero siempre presentes dejaron de manifestarse cuando llegó mi despertar a la adolescencia. Entonces todos me veían como privilegiado porque tenía mucha habilidad para caer bien a las niñas. Pero esta etapa de la vida hizo que la moral sexual represora, sucia y machista fuera tomando anclaje en nosotros los niños. No sé cómo pero ahora ya no me acuerdo de los nombres y las caras de las niñas con las que jugué en mi infancia, sí la de los niños. Una nebulosa que invisibiliza a las mujeres surge en mi personalidad en la que lo masculino toma el poder de la existencia y de la importancia y las mujeres son secundarias y no tienen significatividad. El nuevo cariz que toma mi aprendizaje de "ser macho" provoca que la más importante imagen de las mujeres que tiene presencia e importancia para nosotros los niños, en aquellos años es la sexual, las mujeres pasan a ser cuerpos susceptibles de ser usados para saciar nuestras apetencias sexuales. Además esa nueva visión se consideraba por la moral religiosa como pensamientos pecaminosos y sucios, eran sentimientos cargados de culpabilidad, porque el sexo, lejos de ser una comunicación gozosa de intercambio de cariños y placer, era una sucia práctica más propia de animales pervertidos y embrutecidos por los deseos impuros. La negación de la sexualidad como una práctica igualitaria gozosa y saludable por parte de la religión, hace que se construya en nuestra mente la visión de la sexualidad negativa, pecaminosa y machista. Siendo vivida así de negativamente por nosotros.

Las mujeres de mi vida

Puestas así las cosas, no era de extrañar que una de mis primeras experiencias sexuales entre amigos, ocultos bajo el sentimiento de la clandestinidad y la sordidez, en la "huerta el Piti" fuera una competición de pajillas, en la que el ganador era el que eyaculara más lejos. Yo entonces no me había masturbado en soledad y me sentí entre perdido y acomplejado, como siempre al estar entre niños. En esa situación había que actuar como si te pareciera normal la práctica de competitividad que pretendía mostrar la hombría de cada uno de nosotros, pero a mí me cargaba de culpabilidad, de insatisfacción personal y de suciedad moral.

De aquella época tengo en mi conciencia algo que no me ha abandonado en toda mi vida. Es un acontecimiento en esta escalada de aprendizajes semiclandestinos y morbosos que se produjo a la salida del colegio el ICET en el camino de vuelta a Pedregalejo. En ese camino nos encontrábamos con las niñas que salían del colegio La Milagrosa. Los niños acosaban a las niñas y corrían tras ellas tocándolas o cogiéndolas por detrás simulando fornicar. Y todo eso ante la mirada muchas veces impasible de hombres y mujeres que como mucho daban un vago grito de desaprobación, entendiendo que eran cosas de niños, algo natural. Un día me vi envuelto en una de estas cacerías de aprendices de violadores. Mis amigos me retaron a mostrar mi hombría exigiéndome que participara. Yo para perder la fama de nenaza y facilitar mi integración en el grupo accediendo sin mucho convencimiento de lo que hacía, pero tampoco sin pensar en la trascendencia que tenía, corrí tras una de las niñas y la agarré por detrás. Se volvió a mirarme con la cara desencajada de terror y gritando desesperadamente. La solté y me quedé petrificado, no lloré de pena, de vergüenza y de rabia ante mi actitud porque me verían los demás niños.

Desde ese día no volví a casa tomando ese camino, tenía miedo y vergüenza en encontrarme con esa niña y que me reconociera.

Siempre lo he recordado como el ejemplo más claro de los aprendizajes machistas que recibimos cuando niños y que nos educaban para ser violadores potenciales.

Estas últimas experiencias me acercaron a un cambio importante en mi vida. Cambiaría de barrio y una gran fuerza interior me hizo enfrentarme a muchos de los problemas internos y de aspecto físico que había ido acumulando en mi adolescencia. Me fui con pena del barrio sobre todo porque dejaba allí al mejor de los amigos que había tenido en mi corta vida. A pesar de que fuimos amigos pocos años, fue la amistad más profunda de aquella época de mi vida. Nunca más le volví a ver, creo que se llamaba Elías, ni siquiera estoy seguro de su nombre. Cuando abandonábamos el barrio con la última carga de mudanzas, me despedí de él con la mano, desde el cajón del camión de mi padre. Allí lloré desconsoladamente por la pérdida de esa amistad.

Cuando estos cambios se estaban produciendo en mi vida de Pedregalejo me fui a vivir a El Palo a los trece años.

Miguel López Castro

Doctor en Pedagogía. Maestro y Pedagogo. Su tesis doctoral "Imagen de la mujer en las letras flamencas: análisis y propuestas didácticas" se leyó en 2007.

Se jubiló en el curso 2016-2017 siendo entonces director del CEIP Virgen del Rosario de Totalán (Málaga) y profesor asociado en la UMA.

Ha dirigido cursos de verano en la UNIA (Universidad Internacional de Andalucía), en sus sedes de La Rábida, Málaga, Baeza y La Cartuja.

Ha recibido un buen número de premios en su ejercicio docente, entre los que se destacan el Primer Premio de "Inclusión del flamenco en el aula" en el 2015, concedido por la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Andalucía, y el Segundo Premio Rosa Regas de la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía en 2008.

Tiene varias publicaciones de materiales didácticos escolares, de biografías de artistas flamencos, y otras de didáctica del flamenco, además de otras publicaciones (libros y artículos en revistas). Ha trabajado especialmente en temas de género, medio ambiente y metodologías investigativas, asamblearias y cooperativas en la educación.

En estos temas ha impartido cursos de formación para los CEPs y otras entidades en casi todas las provincias andaluzas y algunas de otras comunidades.

Ha sido asesor en materia de flamenco en la Consejería de Educación de la Junta de Andalucia.

Ha grabado como cantaor la mayor parte de los cantes flamencos que ha usado en sus publicaciones y trabajos didácticos. Actualmente dirige para la UNIA el proyecto "Conciertos Didácticos Efemérides para la inclusión del flamenco en el aula" en el que además de dirigir el proyecto, es el ponente y actúa como cantaor.

Su madre Isabel Castro Soler "La Chilini" nacida y criada en El Palo, hija de Luis "El Nueve Doble" jabegote patrón de la barca.

Su padre Miguel López Mesa de la familia de "Los Bigote", nacido en Cómpeta y criado en "La Cerda" de El Palo. Niño del campo, cabrero, carrero y camionero.

Las cenizas de ambos se esparcieron en las aguas de "La Mezquitilla" donde Miguel solía pescar con caña.

Miguel A. Moreta-Lara

Es escritor, filólogo y catedrático de instituto de lengua y literatura jubilado. Nacido en Marruecos, vivió en el Sáhara hasta terminar el bachillerato. Se licenció por la universidad de Valladolid en Filosofía y Letras, especialidad de Filología Románica (1976). Entre los años 1993 y 2009 residió fuera de España, durante los cuales ejerció como profesor en universidades de Marruecos y Hungría, así como asesor, agregado y consejero de educación en las embajadas de España en Rabat, Budapest, Ciudad de México y Bogotá. Fundador y director de la revista *Transatlántica de educación* (México, 2004-2008) y miembro del consejo de redacción de *Aljamía* y *Cuadernos de Rabat* (Rabat, 1993-1999). Autor de ensayos y artículos aparecidos en publicaciones de España, Marruecos, Hungría y México. Investigador de la cultura popular, coescribió *Supersticiones populares andaluzas* (1992), *Recetario de dulcería andaluza* (1994) y *Los andaluces en el refranero* (1995). Autor, entre otros libros, de *Repertorio de Hispanistas Magrebíes* (con Mohammed Salhi, 1998), *Más amor y más sufrir. Cancionero de cuplés* (2000), *La puerta de los vientos. Narradores marroquíes contemporáneos* (con Marta Cerezales Laforet y Lorenzo Silva, 2004), *La imagen del moro y otros ensayos marruecos* (2005 y 2018), *Contar las cuarenta* (2019), *Dietario salvaje* (2021), *Infierno y paraíso de las islas. Memorias de mar y mujer* (2022).

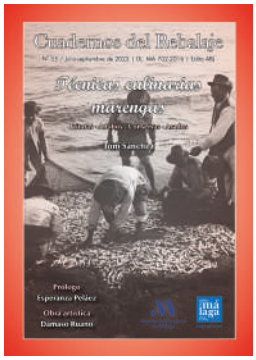
José Enrique Martínez de la Ossa Fernández (josenrique)

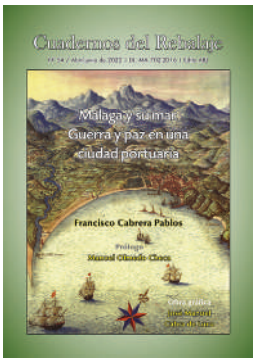
Almendralejo (1955). Estudió Arquitectura Técnica en Sevilla en 1978, radicándose en Málaga y ejerciendo el oficio en toda la provincia. Pintor autodidacta con el nombre de "josenrique" ha trabajado con las más variadas técnicas, como acuarela, óleo, acrílico... También muralista, en 1988 colaboró en la instalación y montaje del "Museo Abierto de Fuengirola" con cuadros en las paredes medianeras de la ciudad. En 1989 participó en la campaña para el "Cambio de imagen en El Palo" de murales pintados en los edificios en colaboración con pintores locales para la Asociación de Vecinos. Pintura mural "GUADALHORCE" en 2010 en el patio de la CGT en calle Madre de Dios 23.

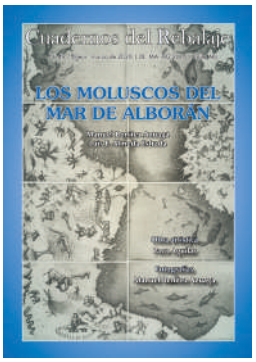
Expone de forma individual y colectiva como en el C. O. de Arquitectos Técnicos y Aparejadores de Málaga "Técnicos: La cara oculta" (1990). Diseños para la obra "Azul", sobre Pablo Picasso, de Mirapalo, teatro de títeres (1992). Exposición de acuarelas "OPERA PRIMA" en el COAAT, Málaga (2002). Exposición de óleos y acrílicos sobre "Marionetas y títeres", en el Colegio de Abogados de Málaga (2004). Exposición en Zapatos San José de Echeverría de El Palo (2007). Exposición en el centro de REBALARTE, Servicios Sociales Municipal de calle Practicante Fernández Alcolea (2011). Exposición de óleos y acrílicos en el Colegio de Abogados de Málaga (2018). Ha elaborado carteles para varios organismos e ilustraciones para ediciones literarias como el Abecedario incompleto de LA JÁBEGA y sus contextos.

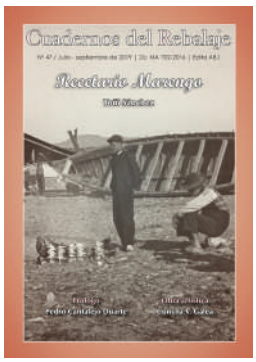
Contraportada: Luis "El nueve doble", en su barca con su tripulación,
es el tercero por la derecha tiene sombrero con cinta negra. Abuelo de Miguel.

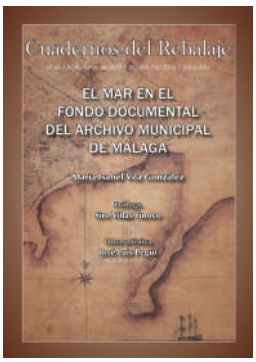
Colección Cuadernos del Rebalaje

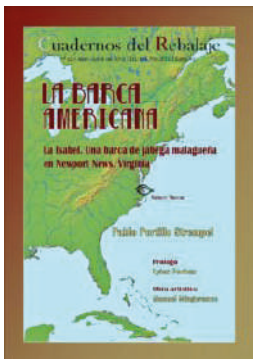


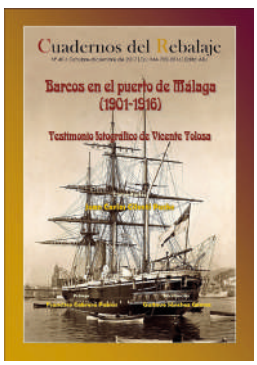


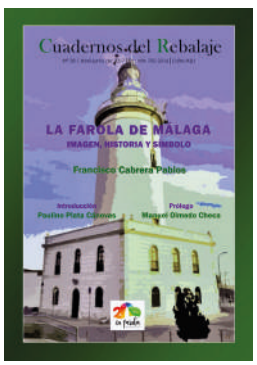












Información y acceso libre a todos los números en *www.amigosjabega.org* | Nuevos socios *abjcontacto@gmail.com*

Los relatos de la infancia marenga de Miguel López Castro son un conjunto de dieciocho narraciones muy variadas, algunas jocosas y divertidas, otras más serias e incluso alguna escatológica. Todas ellas recorren una infancia vivida en el rebalaje y se sustentan en la verdad recordada como se suele recordar la infancia, como el paraíso perdido. La vida de Miguelín es la vida de sus padres, de sus amigos y vecinos; poco a poco va componiendo un fresco que nos pone delante aquella sociedad tan propia y peculiar.

2530-6286